

La Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 14 DE JULIO DE 1913

NÚM. 1.646

BARCELONA. - GALERÍA ROBIRA



LECCIÓN DE MANDOLINA,
reproducción del notable cuadro de Román Ribera

SUMARIO

Texto. - *Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. - *Una historia extraña*, por Eduardo Zamacois. - *La isla de Marken*. - *Barcelona. Notas de actualidad*. - *La campaña de Marruecos*. - *Una estatua colosal de Frithjof*. - *París. Entierro de Enrique Rochefort*. - *Mr. A. Carnegie en París*. - *El general D. Dámaso Berenguer*. - *Dos amores*, novela de Salvador Farina. - *Kiel. Entrevista de Guillermo II de Alemania y Víctor Manuel III de Italia*. - *Berlín. La Fuente de los Cuentos*. - *Barcelona. Visita del ministro de Instrucción Pública*. - *Libros*. - *Un raid aéreo de Brindjone des Moulinais*.

Grabados. - *Lección de mandolina*, cuadro de R. Ribera. - *Dibujo de Opisso, ilustración a Una historia extraña*. - *Una escena de «La Locandiera»*, cuadro de Alejandro Milesi. - *Música de cámara*, cuadro de Max Michelis. - *La isla de Marken (lámina)*. - *Notas de Barcelona, Tetuán y París*. - *Anárquica*, escultura de H. Godet. - *En el camerino*, cuadro de M. Cusi. - *Estatua de Frithjof*, obra de Max Unger. - *El general D. Dámaso Berenguer*. - *Kiel. Entrevista de Guillermo II y de Víctor Manuel III*. - *Berlín. La Fuente de los Cuentos*, obra de L. Hoffman. - *Barcelona. Llegada del Sr. Ruiz Jiménez*. - *Raid aéreo de Brindjone des Moulinais*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Chile: la crisis económica; los ferrocarriles del Estado; el ferrocarril transandino; el comercio exterior; - **Bolivia:** el nuevo presidente; - El problema del Pacífico: la tripe alianza de Chile, Bolivia y Perú y bases para establecerla; el ferrocarril de Arica a La Paz; contra la hegemonía brasileña; - **Nicaragua:** tentativas revolucionarias; los prestamistas yanquis; reformas en la Constitución; la imprenta y el periodismo.

En informes oficiales, y muy recientemente en la Memoria que remitió a su Gobierno el ministro de la República del Uruguay en Chile, se hace constar que la causa más grave, tal vez la primordial, de la crisis económica que se sufre en este último país, es la baja cotización del cambio internacional. El Gobierno chileno hace cuanto puede para mejorar la situación; pero la desconfianza subsiste, y no puede evitarse que la depreciación del papel moneda ocasione un encarecimiento considerable de la vida, que impone, como es natural, un aumento en los salarios y que ha encontrado repercusión en los gastos fiscales, por cuanto en todos los servicios públicos ha sido necesario aumentar en gran proporción los sueldos de los empleados. Por otra parte, junto con la depreciación de la moneda se ha producido un fenómeno curioso; la escasez de la misma, que durante el año 1912 agravó la crisis por que atraviesa el país.

Hay en la hacienda chilena un elemento muy perturbador de la buena marcha de aquélla, y que contribuye a producir el déficit con que se saldan anualmente los ejercicios económicos: son los ferrocarriles del Estado. Chile es dueño de 3.108 kilómetros de línea férrea en explotación, más de 2.626 en construcción, con un valor total de 350.000.000 de pesos m/c. Han fracasado todas las tentativas que han hecho los Gobiernos para regularizar la administración de estos ferrocarriles valiéndose de funcionarios alemanes y belgas que habían adquirido fama dirigiendo los servicios ferroviarios en sus respectivos países. Parece que la acción o intervención de los políticos en las cuestiones relacionadas con los ferrocarriles del Estado, es la causa de la desorganización del servicio. Por esto, en el Instituto de Ingenieros de Santiago se pide que los ferrocarriles sean considerados como una empresa comercial independiente y que sus ingresos no figuren en los Presupuestos generales de la Nación.

Entre los demás ferrocarriles figura el famoso transandino por Juncal, cuya situación es tan precaria, que durante los meses de invierno se paraliza el tráfico. El material de tracción es pésimo, y la Compañía carece de recursos para repararlo o renovarlo.

También el representante consular de España informa con referencia al comercio exterior de Chile. De los datos que aporta se deduce una vez más la superioridad de Europa sobre los Estados Unidos en el tráfico mercantil de estas repúblicas del Sur, del Nuevo Mundo. En 1911 el total comercio de Chile con naciones europeas y sus colonias ascendió a 520.000.000 de pesos oro de 18 peniques (aproximadamente de 1'75 peseta por peso); el que mantuvo con los Estados Unidos no llegó a los 97.000.000. El comercio de todos los demás Estados de América con Chile fué de 57.000.000. En la importación, los Estados Unidos, a pesar de su riqueza y sus industrias, están por bajo del total de las demás repúblicas americanas.

* *

El 8 de mayo de este año fué elegido presidente de la República de Bolivia el Sr. D. Ismael Mon-

tes, que ya ejerció tan alto cargo de 1904 a 1909. Aun tardará en tomar posesión (en agosto), y entre tanto la prensa americana consigna y comenta las palabras que se atribuyen al nuevo presidente y que pronunció a su paso por Buenos Aires, cuando regresaba de París, donde había representado a su nación como ministro plenipotenciario.

En entrevista o conferencia con periodistas dió a entender el vivo deseo que tenía Bolivia de adquirir un puerto en el Pacífico. Sabido es que parte del litoral de este mar era boliviano hasta que Chile por la fuerza de las armas lo hizo suyo. A juzgar por las declaraciones a que me refiero, Montes no aspiraba a pedir o quitar puerto a Chile; quería uno de la costa peruana.

Los comentarios que con este motivo se escriben hacen pensar en una nueva fase de la política internacional suramericana y en un nuevo aspecto del problema del Pacífico planteado desde el día en que Chile se impuso a peruanos y bolivianos.

La famosa cuestión de Tacna y Arica, que con tanto empeño vienen debatiendo años hace Chile y Perú, podría resolverse de tal modo que esos territorios no quedasen en poder de Chile ni volvieran al Perú; por lo menos parte de ellos, y especialmente Arica, se entregarían a Bolivia, como prenda de una inteligencia entre las tres repúblicas, de una alianza ofensiva y defensiva dirigida principalmente contra la Argentina y el Brasil.

Preséntase esta alianza como más práctica para lograr el equilibrio suramericano, y a la vez como solución del conflicto peruano-chileno. Los bolivianos que la patrocinan hacen notar que a Chile y al Perú les convendría más, mucho más que la posesión de aquellos territorios, de tan escasa importancia y riqueza, y perpetua manzana de discordia entre ambos, una franquicia aduanera que les permitiera introducir en territorio boliviano sus productos libres de derechos, economizando así algunos millones de pesetas al año.

* *

Un periódico de La Paz, *El Norte*, cree que la unión de las tres naciones no es tan difícil de conseguir, como suponen los que aun se hallan impresionados por la sangrienta lucha de otro tiempo. Los medios que gradualmente pueden emplearse con el propósito de llegar a ese fin son realmente practicables, a saber:

Tratado de comercio que permita el libre ingreso de los productos nacionales de uno de los países en el territorio de los otros dos, sobre la base de la cesión de Arica a Bolivia, siendo como sería esta República la única perjudicada por la liberación aduanera y la que podría exigir una compensación.

Convenio posterior para unificar la representación de los tres países en el extranjero, haciendo común cualquier asunto que ataque a los intereses de uno solo de aquellos.

Alianza defensiva, fusión de escuadras, uniformidad de táctica militar, armamentos, etc., armonía de legislación, aunque como en los Estados Unidos, no llegue a ser idéntica.

Creación de un Consejo federal que funcione en distrito autónomo, constituido en la provincia de Tacna, que es parte céntrica, intermediaria y equidistante con relación a los tres Estados.

Hojeando la prensa que en estos mismos días recibo del Sur de América, hallo datos, juicios o impresiones que confirman estas aspiraciones y dan en cierto modo la razón de ellas.

* *

Los periódicos de Lima siguen indignados contra las autoridades militares de Chile, que vejan y persiguen a los jóvenes de Tacna y Arica para obligarlos a prestar servicio, contra sus sentimientos y contra su voluntad, en el ejército chileno, al que consideran como extranjero. Mientras no se tome acuerdo definitivo, y de conformidad con pactos anteriores, sobre la situación de dichas provincias, persistirá la atmósfera de animosidad y de encono, perturbadora de las buenas relaciones entre Chile y Perú.

Por otra parte, los periódicos de La Paz protestan contra las pretensiones de los ocupantes del litoral, que se imaginan que el ferrocarril de Arica a La Paz ha de ser exclusivamente chileno; algo así como esos ferrocarriles de exploración que algunas naciones europeas introducen en ciertas regiones de África. El ferrocarril de Arica que es todavía un problema para el comercio boliviano, que no sabe si resultará mejor o peor que los actuales, parece que no va a terminarse nunca, y que aun después de

abierto a normal explotación, sólo han de servir en él ciudadanos chilenos, a juzgar por los nombramientos ya expedidos. Agréguese que hasta hoy el Gobierno chileno no ha tomado para nada en cuenta, ni las leyes que rigen en Bolivia para ferrocarriles, ni al Gobierno mismo de Bolivia, encargado de hacerlas cumplir.

No se han sometido a su aprobación las tarifas que deben regir en la sección boliviana. Se imaginan sin duda los chilenos que este ferrocarril entra en una colonia suya..., y los bolivianos no están dispuestos a dejar que se los trate como colonos de Chile.

* *

Y si volvemos la vista a los papeles brasileños, los veremos entusiasmados con la visita de su ministro de Relaciones Exteriores a los Estados Unidos del Norte, y proclamando la conveniencia de que los Estados Unidos del Brasil representen en el Sur el mismo papel que aquéllos en el Norte.

A las demás repúblicas suramericanas importa mucho evitar esta hegemonía brasileña, y medio de lograrlo podría ser la alianza de las repúblicas del Pacífico. Aunque sólo fuera para justificar la denominación de esta alianza, habría que dar costa en dicho mar a la república que la tuvo y la perdió, a Bolivia. Luego podrían agregarse Ecuador y Colombia, previo arreglo de las cuestiones de límites entre ellos y con el Perú.

Habría así fuerza para resistir imposiciones o avances que vinieran por Oriente, y se estaría bien apercebido, con unidad de pensamiento y de acción, para hacer frente a complicaciones que surgieran del lado de Occidente, muy probables una vez abierto al tráfico el Canal interoceánico.

* *

En esas probables complicaciones habrá de tomar parte activa y muy principal la influencia yanqui, que ya se hace sentir de modo constante y con gran empuje en Centroamérica y en México.

Refiriéndose a Nicaragua, Rubén Darío se hacía eco de palabras escritas o dichas por «pensadores y viajeros de juicio» que creen que la penetración pacífica del vecino potente concluirá con la nacionalidad. Acaba de pasar aquella República por una de las crisis más tremendas de su vida política. Una vez más la sangre y la muerte han puesto espanto en los ciudadanos; han revivido antiguos odios; la miseria y el hambre han hecho sentir los horrores en todo el país.

Por desgracia, esta crisis «que acaba de pasar», amenaza volver. En Masaya se han descubierto depósitos de armas y otros elementos de guerra, y para apoderarse de ellos las autoridades han tenido que solicitar la cooperación de marinos norteamericanos. Sin embargo, es muy posible que éstos pierdan el prestigio que se habían ganado en Nicaragua, porque el nuevo Gobierno yanqui que preside Wilson inicia política distinta de la de su antecesor. Es la imperiosa necesidad del dólar la que mueve a ciertos gobernantes hispanoamericanos a someterse más o menos aparentemente a las exigencias de los yanquis, y ahora está en baja la diplomacia del dólar, puesta en boga por Knox. El nuevo secretario señor Bryan declara que los banqueros yanquis podrán prestar cuanto quieran a los gobiernos americanos; pero al hacerlo no deben contar más que con las garantías que los prestatarios ofrezcan. No tendrán, pues, cubiertas las espaldas por el Gobierno de Washington, y por consiguiente, corre peligro Nicaragua de no encontrar en los Estados Unidos el empréstito que con tanto empeño solicitan sus actuales gobernantes.

* *

Entre tanto, ya que no se pueden reformar los hombres y las costumbres políticas, se reforma la Constitución. Al voto directo para elección de senadores, diputados y Presidente de la República, substituye el indirecto por medio de juntas populares, de distrito y de departamento. Entre los derechos del ciudadano, se suprime el que tenía de llevar armas.

Ha de alcanzarse la reforma a la ley de imprenta, y refiriéndose a ella *El Comercio* de Managua quiere que prevenga los desbordes del libertinaje, que a todos daña, y que asegure el respeto a los funcionarios y el honor de los particulares. Sólo así puede ser el periodismo una institución digna y respetada.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

UNA HISTORIA EXTRAÑA, POR EDUARDO ZAMACOIS, dibujo de Opisso



Mi padre se hallaba sentado delante de su mesa de trabajo y revolvió nerviosamente unos papeles

El padre siempre fué un hombre triste; en su tristeza había misterio, remordimiento. De noche acometíanle pesadillas crueles y hablaba en alta voz; mejor dicho, balbuceaba; ¡oh, y qué angustiosamente vibraba aquella voz en la obscuridad bruja de los dormitorios resonantes!.. Por las tardes, a la puesta del sol, dejaba su mesa de trabajo y empezaba a pasear por su despacho; la mirada tenaz fija en el suelo, las manos cruzadas atrás, receloso, acometido de esa congoja — presentimiento quizás de otra vida — que sugiere a ciertos espíritus la melancolía del crepúsculo.

Entonces tenía yo once años, mi hermano Enrique trece, y ni él ni yo guardábamos de nuestra pobre madre el menor recuerdo. No obstante, la conocíamos. En el comedor, como presidiendo la melancolía de las cenas familiares, había de ella un gran retrato al óleo, excelente obra de arte. Representaba una mujer alta y pelinegra de labios herméticos y largos ojos italianos, ardientes y profundos, que la costumbre de llorar abrigaba de un modo extraño; sobre las mejillas flácidas, color cera, las lágrimas habían cavado surcos de dolor.

La juventud de nuestro padre fué hartamente borrascosa. A los cuatro o cinco años de casarse y por motivos que aun ignoro, huyó al extranjero, llevándonos consigo. Creo que mi padre conspiraba contra el gobierno. Durante aquella época, la fortuna le trató de muy diversos modos: unas veces estaba pobre, tan pobre, que apenas ganaba lo indispensable para comer; otras sonreíale la suerte, y entonces habitábamos en buena casa y vestíamos ricamente, pues era dadivoso, presumido y aficionado al fausto como un rey. También recuerdo haberle visto hablar diferentes veces con cierta dama inglesa muy elegante, de ojos azules, que usaba sombreros negros muy llamativos.

La imagen de aquella señora rubia, opulenta y vestida siempre con trajes aristocráticos y de gayos colores, señala casi una época en mi historia sentimental. Cuando iba a nuestra casa, lo que ocurría de tarde en tarde, mostrábase muy afectuosa con mi hermano y conmigo, nos regalaba bombones y nos daba golpecitos maternos en las mejillas. Sus ojos,

al posarse largamente en nosotros, adquirían una inefable dulzura azul, que me hacía pensar:

«Esta señora sería feliz si Enrique y yo fuésemos hijos suyos.»

Sin embargo mi alma, llena a la sazón de instintos raros, de adivinaciones prematuras y sutiles, no conseguía quererla; no la aborrecía, pero tampoco llegaba a serme cabalmente simpática; algo rebelde, irrazonado, batallaba en mí contra la sugestión conquistadora de aquella mujer bella y amable. Era la Intrusa, la Enemiga...

Una mañana, estábamos en Pascuas, se presentó en casa poco antes de almorzar.

— ¿Está papá?

Yo, para no verme obligado a responder, me escondí detrás de uno de los cortinajes del recibimiento. Enrique, más mundano, menos asustadizo, se apresuró a contestar:

— Papá está en su despacho.

— ¿Solo?

— Sí, señora. ¿Quiere usted que le llame?

— No es preciso; irá a buscarle, porque me espera.

Pasó ante mí sin verme y, desde mi refugio, aspiré con delicia el suave perfume de su largo abrigo de pieles.

Transcurrió una hora y Enrique, más glotón que yo, comenzó a impacientarse:

— ¿Es que hoy no comemos?

Acabó por sentarse ante la chimenea con el ceño fruncido y unos labios tan salientes y abultados por el mal humor, que daba risa. Yo, en cambio, estaba consolado; me había comido el postre.

¡Y papá sin venir! ¿Qué era aquello?.. Sonó un timbre, y mi hermano y yo cambiamos una mirada.

«Ahora se va», pensamos.

Apareció la criada; traía orden de darnos de almorzar y en los ojos una expresión de zumba y picardía que hirió mi amor propio.

— Papá dice que comáis vosotros, porque él ahora está muy ocupado.

Nuestro almuerzo fué triste. Luego, sin hacer partícipe a Enrique de mi pensamiento, devorado por esa llama de curiosidad que enciende en los espíritus infantiles lo prohibido, me deslicé de puntillas

hasta las habitaciones de mi padre. La puerta de su despacho estaba cerrada, y para avizorar por el ojo de la cerradura lo que en él sucedía, necesité ponerme de puntillas. Mi padre se hallaba sentado delante de su mesa de trabajo y revolvió nerviosamente unos papeles; parecía muy incomodado y con frecuencia se tiraba de las guías del bigote, gesto en él infalible de preocupación o de cólera. Ella también manifestábase irritada, levantaba la voz con imperio y accionaba vehemente. Diríase que reclamaba algo grave, que mi padre se negaba a otorgar; cuestión de dinero, tal vez...

Aun discutieron mucho tiempo, y por la humildad con que, al fin, la dama recogió y guardó en una cartera los papeles que mi padre le devolvía, deduje que éste había sabido ser inexorable. Después se abrazaron. Entonces huí y cuando llegué al comedor, sin saber por qué, empecé a llorar. Enrique me besó:

— ¿Qué tienes, baby?..

Al fin, entre dos sollozos, pude hablar.

— No sé, dije; pero te aseguro que la pobre mamá está haciendo en esta casa mucha falta...

Enrique se echó a reír.

— ¡Yo creí que te habías caído!, exclamó.

Y para consolarme me dió un puñado de almendras.

Frecuentemente, el correo nos traía cartas «de España». Cuando esto sucedía, mi padre mostrábase más tranquilo y de mejor humor. Creeríase que su conciencia se serenaba. Nosotros, por instinto, también nos alegrábamos.

«Mamá está buena», decíamos.

Enrique y yo cursamos las primeras letras en un colegio de Amsterdam. Transcurrieron varios años. Un domingo por la tarde supimos que ya no volveríamos más al colegio. La criada nos informó de que «papá estaba enfermo y que probablemente regresaríamos a España». No contestamos; en nuestros espíritus la tristeza había vencido al asombro. Pasamos la noche sin dormir. A la mañana siguiente llegó a casa un sastre que nos tomó medida de unos trajes que le habían encargado urgentemente; aquel hombre hablaba muy bajo y nos miraba dulcemente,

como he sabido más tarde que se mira a los huérfanos. Pocos días después nos vistieron de luto, y nuestras alegres gorras galoneadas de colegial fueron reemplazadas por sombreros de fieltro negro. Luego descubrimos que nuestra madre había muerto y que a ello obedecía la enfermedad de mi padre. Enrique permaneció impasible; yo, menos fuerte, rompí a llorar, y por una tergiversación de sensaciones, muy frecuente en almas infantiles, me pareció que a mi alrededor «producíase un gran silencio y que se hacía de noche».

Desde entonces, sin saber por qué, siempre que oía suspirar a mi padre pensaba en mi madre, y su retrato causábame pavor instintivo.

Volvímos a España.

Cierta noche de invierno, Enrique y yo nos hallábamos sentados junto a la mesa del comedor: él, repasaba entre dientes su lección de Química; yo, alineaba mis soldaditos de plomo sobre los muros de un castillo fabricado con fichas de dominó. La lámpara vertía sobre nuestras rizadas cabezas infantiles su gran luz blanca. Un viejo reloj de pared latía, cabalístico, en el silencio. Nuestro padre, pensativo como siempre, balanceábase en una mecedora, mirando al espacio. De pronto, exclamó:

— ¿Queréis oír un cuento?..

Nosotros asentimos; Enrique cerró de golpe su libro; yo dejé mis juguetes, abrasados los dos en curiosidad vivísima, y mi padre comenzó a hablar:

— Es la historia romántica, rara y fuerte, de una mujer que sin duda perteneció a una raza mejor que la nuestra. Aquella mujer excepcional fué la esposa de un hombre aventurero y díscolo, desequilibrado tal vez, que la abandonó para irse a gozar libremente en el extranjero de un amor criminal. Ella lo supo y le perdonó, porque era todo amor, y el supremo amor es perdón infinito; y así, para atraerle, comenzó a escribirle maternal.

El, vencido por tanta indulgencia y tanta discreción, le escribía también. Esta correspondencia duró varios años, más de diez... Un día, día de locura..., aquella mujer trágica se asomó al espejo y se encontró fea: dicen que sus ojos, de tanto llorar, parecían más pequeños; dicen que sus labios, amargados, ya no reían; dicen que en el ébano brillante de su cabellera el dolor deslizó muchas hebras de plata... Por su frente pasó una idea negra. ¿Para qué vivir si ya no era hermosa? ¿Por qué no dejar intacta en la memoria del hombre adorado la imagen de su triunfante belleza de novia?.. Y entonces recogió las cartas que el ingrato le había escrito; ¡todas las cartas!.. — pasaban de tres mil — las prendió fuego y se arrojó sobre la pira ardiente. El sacrificio horrendo se consumó dentro de un baño de mármol y sin que la víctima lanzase un quejido. Nadie pudo socorrerla, porque nadie la oyó. Cenizas santas de carne, cenizas de papel, todas quedaron allí, hacinadas, confundidas en el mismo mortón. Cartas malditas, ¿hay razón para que el miserable que os escribió viva todavía?

Calló nuestro padre, y sin decirnos adónde iba,

ahogándose, salió del comedor. Sentí frío, un gran frío, y levanté los ojos. Mi hermano siguió aquel movimiento. Desde su marco dorado, el retrato de mi madre, con su amarillento perfil, parecía decirnos:

— Es la mía esa historia extraña que acabáis de oír.



Una escena de la comedia de Goldoni «La Locandiera»,

cuadro de Alejandro Milesi

LA ISLA DE MARKEN

(Véase la lámina de la página siguiente.)

El pintoresco traje nacional holandés es universalmente conocido; de aquí que el viajero que llega a Holanda se sienta algo desilusionado al ver que ese traje ha desaparecido por completo entre el pueblo, sobre todo en las ciudades. En las aldeas, a lo sumo,

las brillantes agujas. Son en extremo raras las regiones de aquel país en donde se ha conservado el traje pintoresco y tradicional.

Por fortuna la isla de Marken forma una excepción; en ella el turista créese transportado a algunos siglos atrás; de tal manera son arcaicas allí las cosas y las gentes: aquello es la Holanda de otros tiempos. Esa isla curiosa, cuya población no excede de 2.000 habitantes, situada en el centro mismo de Zuiderzee, dista solamente hora y media de Amsterdam; para ir a ella se toma el barco de Monikendam, localidad que se halla a cosa de una hora al Norte de aquella capital, y a la media hora de travesía se llega a la isla. Apenas el viajero desembarca en ésta, experimenta la sensación de hallarse en un mundo distinto del que ha visto hasta entonces: extraños tipos de hombres, con sus trajes de variados colores; sencillas casitas de madera, algunas de ellas construidas entre árboles y al borde de los canales, y delante de muchas, atracadas pequeñas embarcaciones; otras, en la parte baja de la misma, edificadas sobre estacas para preservarlas, en invierno, de las inundaciones tan frecuentes durante las tempestades del mar, todo ello forma un conjunto que atrae su atención.

En el pequeño puerto, se ven más de 100 lanchas extremadamente limpias, que dan a comprender que la población vive de la pesca; y las banderolas multicolores que las adornan y las redes perfectamente conservadas que se ven puestas a secar, demuestran hasta qué punto cuidan los pescadores de sus embarcaciones.

La impresión que recibe el extranjero que visita la isla un domingo o día de fiesta, es interesante. Reina en ella el silencio más absoluto, interrumpido sólo por el sonido armonioso de las campanas de la pequeña iglesia. La población, profundamente reli-

giosa, no visita las tabernas: los hombres de tez bronceada, los viejos lobos de mar curtidos en las tempestades, los jóvenes robustos, reúnen-se en el puerto y pasan el tiempo charlando. A menudo, los pescadores retenidos en el mar, están lejos de sus casas; entonces las mujeres se ocupan en las faenas domésticas y agrícolas.

El traje multicolor de los isleños es pintoresco. Niños y niñas van vestidos igual hasta los cinco años, siendo difícil distinguir unos de otros. A partir de esta edad se les ponen a los varones sus anchos pantalones bombachos y más tarde la blusa que ya no abandonan en toda su vida.

Son muchos los turistas que visitan la isla de Marken; no es, pues, de extrañar que los habitantes de ésta se esmeren en ofrecerse a los extranjeros bajo su aspecto más grato. Los niños van muy limpios y están bien educados, y nunca ninguno de ellos sigue a los forasteros para pedirles en todos los idiomas, como sucede en los puertos de mar del Sur, unos céntimos. De cuando en cuando, algu-



Música de cámara, cuadro de Dirk Hals, que forma parte de la importante colección de obras de la escuela alemana regalada por Mr. Max Michelis a la ciudad de Cape Town a fin de que sirva de base a la fundación de una Galería Nacional del Africa del Sur.

se encuentran todavía algunos campesinos que llevan los tradicionales zuecos y algunas mujeres que adornan aún su cabeza con la cofia blanca prendida con

na vieja invita al extranjero a visitar su casa, de antiguo estilo holandés, en donde todo procede de los antepasados. — T.



Una tienda de quincalla y objetos varios



Un domingo en el puerto. Grupo de pescadores



Calle pintoresca que se extiende al lado de un canal. En el fondo, la iglesia del pueblo



Pintorescas y uniformes casas de pescadores en el puerto

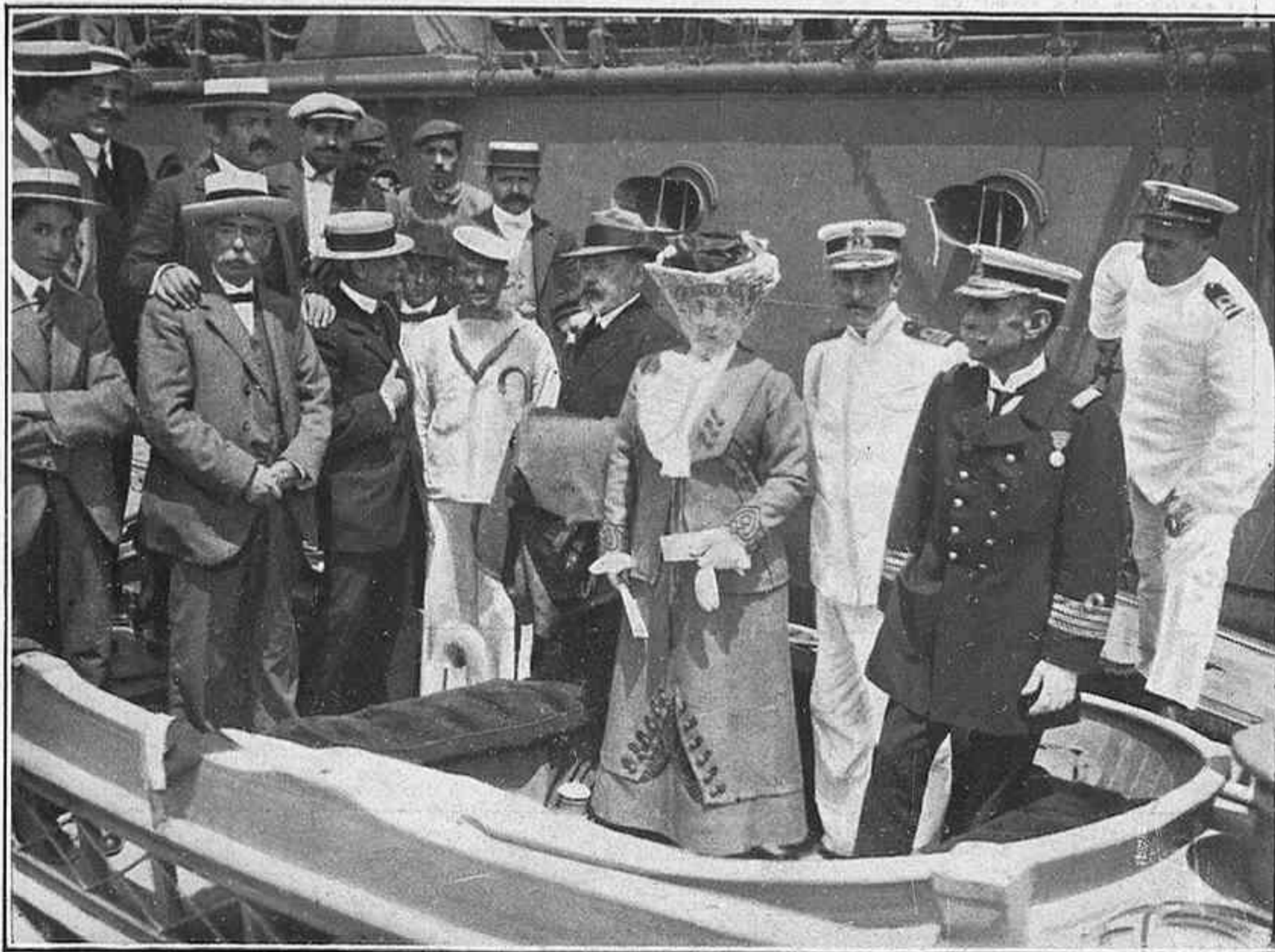


Vista de una de las principales calles de la isla

(De fotografías comunicadas por Carlos Trampus.)

BARCELONA. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

El día 9 de este mes efectuáronse en nuestro puerto las pruebas del bote automóvil de esta estación de Salvamento de Náufragos que ha sido modificado



Pruebas de un nuevo bote salvavidas de la Estación de salvamento de náufragos. - Autoridades de Marina e invitados que asistieron al acto.

con un motor Roberts de dos tiempos y sin válvulas, y cuyas dimensiones son: 12 metros de eslora, 2'20 de manga y 1'10 de puntal. A pesar de que la máquina sólo desarrolló los dos tercios de su fuerza, obtúvose una velocidad de 8,2 millas por hora, habiéndose demostrado las excelentes condiciones que reúne la embarcación para el objeto a que está destinada.

A las pruebas asistieron el presidente y el secretario de la Sociedad de Salvamento, Sres. duque de la Unión de Cuba y Novo y Colson respectivamente, que expresamente vinieron de Madrid; el comandante de Marina D. Antonio Montis, D. José Ricart y Giralt, delegado de la Sociedad en Barcelona; D. José Aixelá, segundo ingeniero de las obras del puerto; el comandante del cañonero

Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona la visita que ésta le hiciera a raíz de su toma de posesión del elevado cargo que el gobierno le ha confiado. En el domicilio social de la Asociación, que lo tiene en la casa del Fomento del Trabajo Nacional, fué recibido el Sr. Francos Rodríguez por la Junta directiva y numerosos socios de aquélla, habiendo asistido, además, a la recepción el alcalde Sr. Collaso, el presidente del Fomento D. Eduardo Calvet y los socios protectores de la Asociación el marqués de Alella y don Mariano de Foronda.

El presidente de la Asociación D. Eusebio Corominas saludó cariñosamente al Sr. Francos Rodríguez, agradeciéndole el honor que dispensaba a aquélla con su visita, señalando las dotes periodísticas del gobernador y congratulándose de que fueran sus éxitos en la prensa los que le revelaron como hombre de saber y le han hecho ocupar cargos como el que aquí tan dignamente desempeña. El Sr. Corominas dedicó también un afectuoso saludo a los socios protectores que asistían al acto.

El Sr. Francos Rodríguez agradeció los elogios que le había dirigido el Sr. Corominas y manifestó que sentía sumo placer al encontrarse entre



El nuevo bote salvavidas en marcha

compañeros de profesión; hizo detallada historia de su vida periodística, en la que entró desde muy joven; expresó el amor que tiene a la prensa y la gratitud que por ella siente, puesto que a ella le debe todo lo que es; y terminó encomiando el periodismo, a Barcelona, ciudad que ama como si fuera la suya, y a la Asociación de la Prensa Diaria por la meritoria labor que lleva a cabo.



Visita del Gobernador civil Sr. Francos Rodríguez a la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona

Marqués de la Victoria D. Luis de Llanos, el constructor del bote D. Miguel Corbeto, D. Wifredo Ricart, delegado de la casa Roberts, y otros.

El gobernador civil Sr. Francos Rodríguez devolvió hace pocas noches a la

El gobernador fué luego obsequiado con un delicado *lunch* y permaneció largo rato conversando con los periodistas, reinando en aquella velada una hermosa nota de compañerismo y de sincera cordialidad entre todos los concurrentes.

LA CAMPAÑA DE MARRUECOS. (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Tetuán. - Llegada de la familia del jalifa. Paso de la comitiva por la plaza de España

De las operaciones militares realizadas últimamente, las más importantes han sido las de los días 3 y 5 de este mes, llevadas a cabo por las fuerzas que manda el general Fernández Silvestre.

En la mañana del día 3, dos columnas, al mando del teniente coronel de Figueras y del general Fernández Silvestre, salieron del zoco T'elatzta, ocupando, después de alguna resistencia, las alturas de Duar-Ulad-Asur y Duar Crota respectivamente. Prosiguiendo su movimiento de avance, dirigieron la primera a la altura de Mogador-Ulad-Sultán y la segunda a las alturas de Tuatana, persiguiendo esta última tenazmente al enemigo hasta el río Aisa y Kudia-Farkuntz. Después de dar un descanso y comida a la tropa, las columnas emprendieron la retirada ordenadamente, rechazando enérgicamente a algunos grupos enemigos.

Estos han sufrido durísimo castigo en aquella expedición, pues se les quemaron 18 aduares y cuantos sembrados había en una extensión de 20 kilómetros cuadrados. A consecuencia de ello, varios grupos moros se presentaron al general para hacer acto de sumisión, que aquél no aceptó sino a condición de que lo efectuase el jefe de la cabila, que es la de Beni-Golfer.

El día 5, el general Fernández Silvestre con su columna salió del zoco T'elatzta hacia el zoco Yumáa et Tolba, y habiendo descubierto numerosas fuerzas enemigas en las elevadas posiciones que se extienden desde Mesguil hasta Bumaiza y Uad Alí, atacólas con todo éxito. Nuestras tropas ocuparon la altura Kudia Mesguil y la artillería persiguió con su fuego a los moros, bombardeándoles algunos aduares de las cabilas de Beni-Golfer y Ahl-Sherif.

El enemigo, aprovechando los refuerzos que había recibido, trató de envolver nuestra línea, pero el general Silvestre ordenó que de Alcázar saliera una columna, la cual protegió la retirada de nuestras tropas. La retirada se efectuó en perfecto orden, viéndose los moros obligados a abandonar todas sus

posiciones y llegando nuestros soldados a su campamento a las nueve de la noche, después de haber arrasado, durante aquella jornada, algunos aduares importantísimos y valiosas cosechas.

En ambas operaciones, nuestras bajas fueron insignificantes; en cambio, las del enemigo fueron muy numerosas.

El día 7, a las cuatro de la mañana, grandes contingentes moros intentaron un ataque por sorpresa contra Alcázar, noticioso de lo cual el general Fernández Silvestre dispuso que

tiempo que salían de Alcázar dos columnas: una, al mando del teniente coronel de Saboya, ocupó el aduar de Tarama, en donde se había reunido el enemigo en gran número; otra, a las órdenes del general Fernández Silvestre, desalojó a los moros de sus posiciones hasta llegar a la vista del aduar Santac-el-Anca, en donde aquéllos se hicieron fuertes.

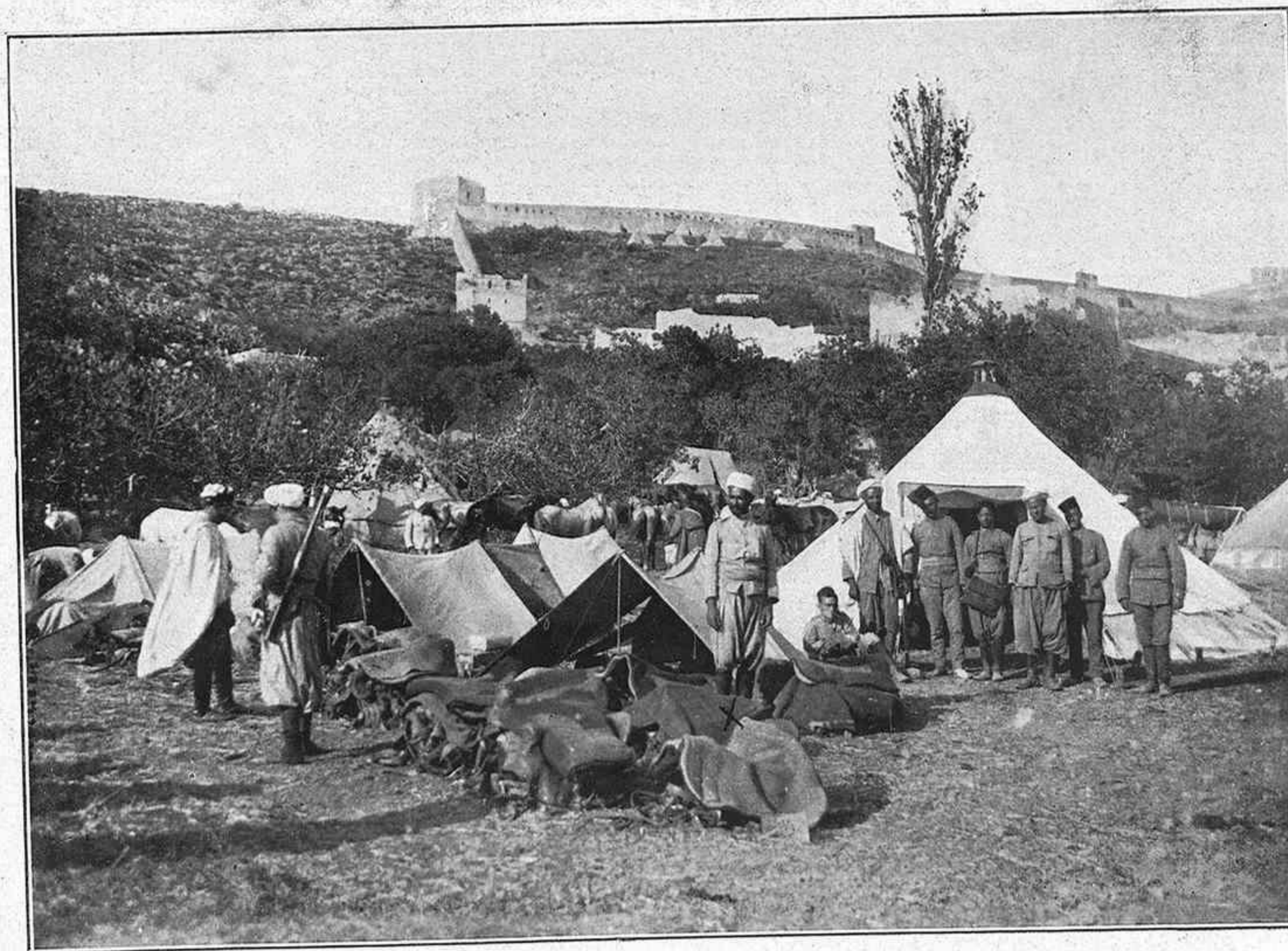
Nuestros soldados, después de un reñidísimo combate, en el que fueron enérgicamente apoyados por la artillería y por la primera columna, desalojaron al enemigo de todas sus posiciones, siendo aquél perseguido y dispersado por el fuego de cañón, consiguiendo lo cual nuestras tropas emprendieron la retirada a las cuatro de la tarde ordenadamente y sin ser hostilizadas.

Las bajas de nuestras fuerzas en aquella jornada fueron: un sargento y 17 soldados muertos; tres oficiales, 15 soldados heridos y dos soldados contusos.

Las del enemigo debieron ser muy importantes, puesto que se le recogieron más de cien muertos con armamento.

El día 2 de este mes hizo su entrada en Tetuán, procedente de Ceuta y Larache, la familia del jalifa de aquella ciudad Muley Mehedí, compuesta de la madre, tres esposas y cuatro hijos de éste. La comitiva se formó marchando primero unos batidores moros; detrás de éstos, y conducida en una litera arrastrada por dos mulas, iba la madre del jalifa y a continuación las esposas y los hijos, en un ómnibus y dos coches. El tabor de Tánger, mandado por su kaíd y situado en la puerta de la Junta, tributó los honores correspondientes.

Las tres esposas del jalifa se llaman Fedila, Fátima y Aixa, y cuentan veinte, diez y nueve y diez y ocho años respectivamente. Las tres son muy hermosas, y Aixa es hermana de Muley Hafid. La madre se llama Erkia, está paralítica y cuando era joven se la consideraba como la mujer más hermosa del Imperio; fué esposa de Muley Ismael, jalifa prestigiosísimo de Fez, en tiempos de su hermano Muley Hassán. - R.



Tetuán. - Interior de una huerta campamento de las fuerzas regulares indígenas de Melilla. En el centro del grabado se ve al soldado indígena Mohámed Ben Bra Kiu (x), que en el combate de 24 de junio último cortó cinco cabezas de moros.

un escuadrón efectuase un reconocimiento para conocer el número y la verdadera situación del enemigo, a fin de poder disponer la salida de columnas preparadas al efecto.

El escuadrón, a pesar de las condiciones desventajosas en que hubo de luchar, logró rechazar a los moros, al mismo



ANDRÓMACA, escultura de H. Godet. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



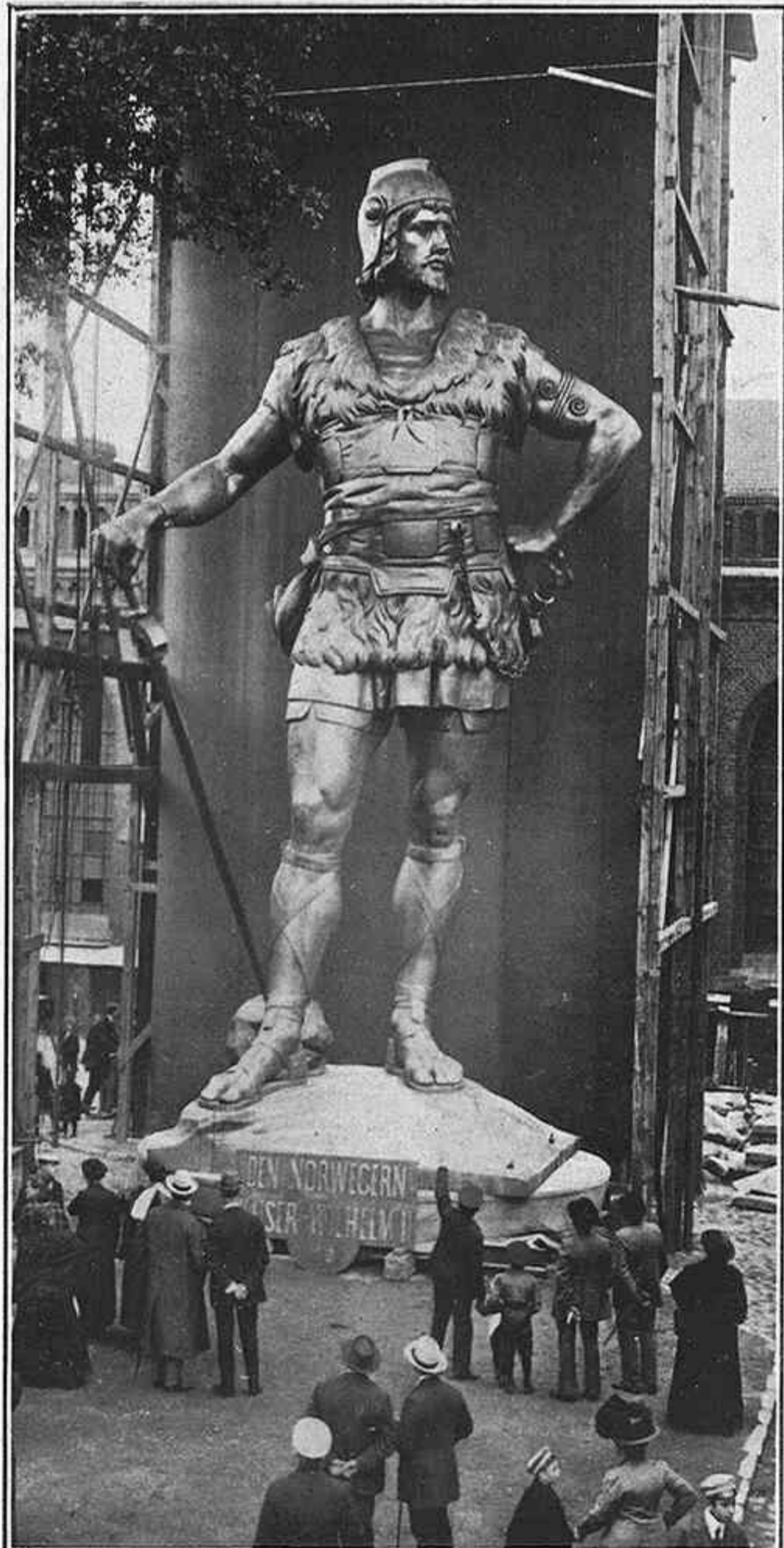
EN EL CAMERINO, cuadro de Manuel Cusí

UNA ESTATUA COLOSAL DE FRITTFJOF,

EL HÉROE NACIONAL NORUEGO

Con ocasión del 25.º aniversario de su reinado y para dar una muestra de gratitud a Noruega por la franca hospitalidad que, en sus cruceros veraniegos, ha encontrado siempre en aquel país, el emperador Guillermo II de Alemania le ofrecerá, uno de estos días, la estatua gigantesca del héroe nacional Frittfjof.

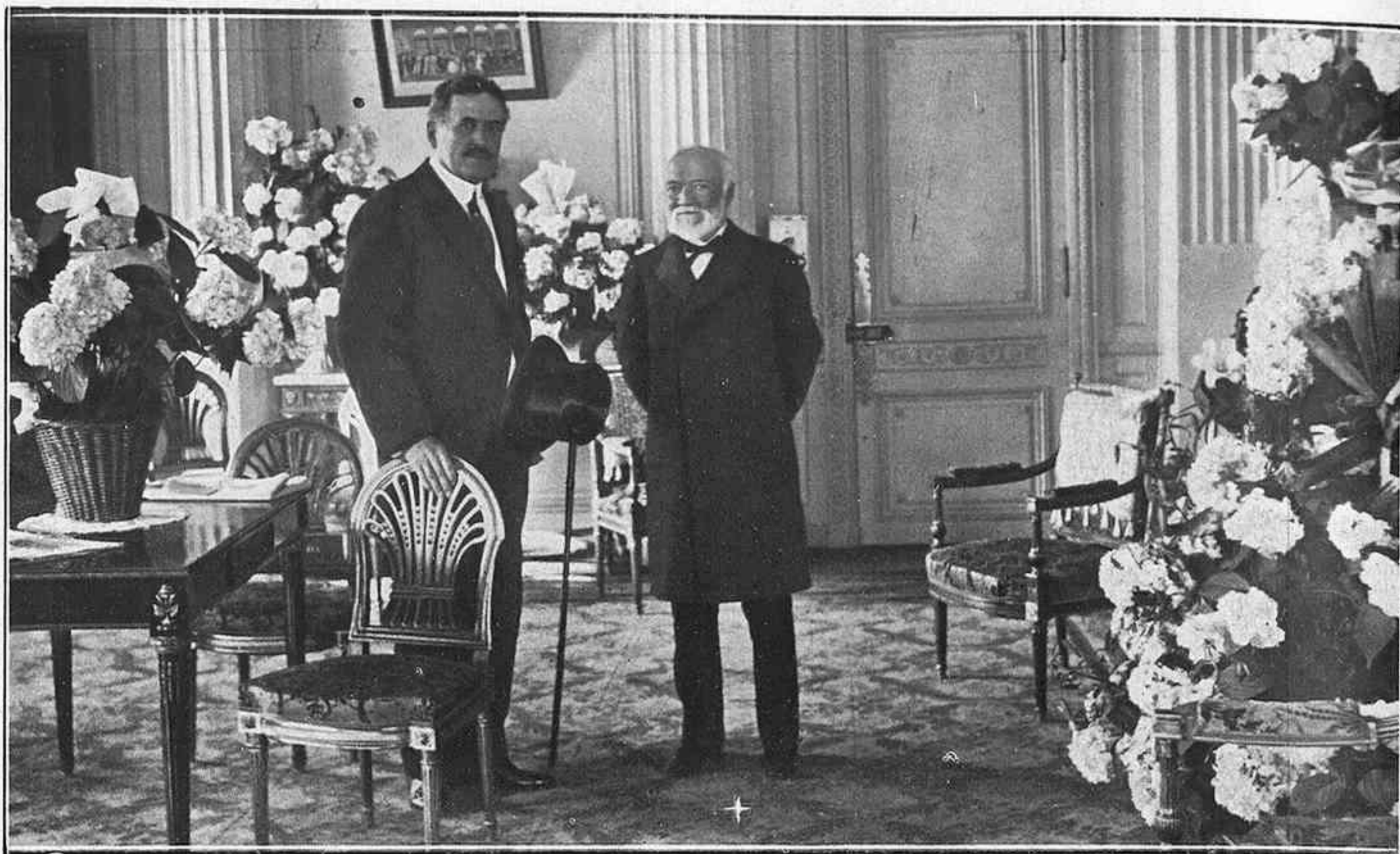
Esta escultura es una magnífica obra de arte fundida en bronce que mide 12 metros de alto y ha sido modelada por el cele-



Estatua gigantesca del héroe nacional noruego Frittfjof, obra del escultor Max Unger, que el emperador Guillermo II de Alemania regala a Noruega y que se inaugurará a fines de este mes. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

brado artista Max Unger, quien ha trabajado en ella tres años, y es, después de la famosa estatua de la «Bavaria» que se admira en Munich, la obra de bronce más grandiosa en su género de cuantas se han ejecutado en Alemania.

Para dar una idea de las dimensiones de la estatua, bastará decir que el dedo pulgar de la mano derecha tiene el tamaño del brazo de un hombre y que los pies tienen 1,70 metros de largo cada uno. El peso total es de 14.000 kilogramos.



París. - El multimillonario norteamericano, gran filántropo y apóstol de la paz, Mr. Andrés Carnegie (x), en sus habitaciones del hotel Crillon, acompañado del embajador de los Estados Unidos Mr. Herrick. (De fotografía de Photo-Hispania.)

La estatua será erigida junto al mar en un promontorio rocoso que domina una gran parte del Sognefjord, cerca de Bergen y la instalación del monumento quedará terminada el día 31 de este mes.

PARÍS. - ENTIERRO DE ENRIQUE ROCHEFORT

Con gran pompa efectuóse en París el domingo, día 6 del actual, el entierro de Rochefort, cuyo cadáver había sido transportado desde Aix-les-Bains a la capital. A las diez de la mañana, el féretro fué colocado en el coche fúnebre, que estaba atestado de coronas, y en seguida la comitiva, de la cual formaban parte innumerables comisiones, multitud de notabilidades de la política, de las bellas artes, de la literatura y del periodismo y una muchedumbre enorme, encaminóse al cementerio de Montmartre, en donde se hizo el sepelio.

En el acto de la inhumación pronunciaron elocuentes discursos los señores Massard, en nombre del diario *La Patrie*; de Flers, presidente de la Sociedad de Autores y Compositores dramáticos; Destrem, en representación de la Asociación de Periodistas; Couvreur, de la Sociedad de Literatos; Bernard, en nombre de los amigos políticos, y otros.

MR. ANDRÉS CARNEGIE EN PARÍS

Recientemente ha permanecido dos días en París, acompañado de su esposa, el multimillonario norteamericano mister Andrés Carnegie, el filántropo ilustre cuyo nombre va asociado a tantas y tan grandiosas obras de beneficencia y de cultura y a quien con razón se da el dictado de apóstol de la Paz.

Mr. Carnegie nació en Dumferline (Escocia) en 1837. En 1848 su familia se trasladó a Pittsburgo (Pensilvania) y allí el joven Andrés ocupó sucesivamente los modestos empleos de mecánico, telegrafista y ferroviario; pero su poderosa inteligencia y su extraordinaria actividad le permitieron escalar rápidamente los más altos puestos de la jerarquía industrial, en los cuales ha conquistado la inmensa fortuna que hoy posee y de la que usa prodigamente en beneficio de sus semejantes.

Mr. Andrés Carnegie ha fundado en diversas ciudades de los Estados Unidos y en su ciudad natal, universidades, mu-

seos, bibliotecas, laboratorios, establecimientos científicos, salones de música, etc., etc., dotando espléndidamente todas estas fundaciones; y en París ha creado la Fundación Carnegie de los héroes del trabajo y auxilia con subvenciones cuantiosas a varias instituciones. El ha sido también el que ha dado los fondos necesarios para la construcción del Palacio de la Paz, de La Haya.

Durante su breve estancia en París ha sido recibido por el Presidente de la República y obsequiado con un banquete por las principales entidades parisienses favorecidas con sus donativos. Además presidió una sesión del comité de su Fundación de los héroes del Trabajo, en la que pronunció un interesante discurso a cuyo final pidió que a todas sus obras fuese asociada su esposa, porque el corazón de ésta le había siempre inspirado. «Gracias a ella, dijo, me he dado cuenta de que el mundo era infinitamente mejor de lo que yo me imaginaba y gracias a ella me siento también mejor yo mismo.»



El coronel de caballería D. Dámaso Berenguer, jefe de las fuerzas regulares indígenas de Melilla, que recientemente ha sido ascendido a general de brigada por méritos de guerra. (De fotografía de Vidal.)

EL GENERAL D. DÁMASO BERENGUER

El ascenso al generalato del coronel D. Dámaso Berenguer ha sido acogido con satisfacción unánime y considerado como recompensa merecidísima a los brillantes servicios prestados en África por tan bizarro militar.

El Sr. Berenguer ha sido quien ha organizado e instruido a las fuerzas regulares indígenas de Melilla, que recientemente fueron trasladadas a Tetuán, y quien al frente de ellas tanta y tan importantísima parte ha tomado en los combates y en las brillantes operaciones realizadas últimamente en la zona tetuaní.

A fin de que el nuevo general no tenga que abandonar el mando de las fuerzas regulares indígenas, se formará sobre la base de éstas una columna que operará bajo sus órdenes.

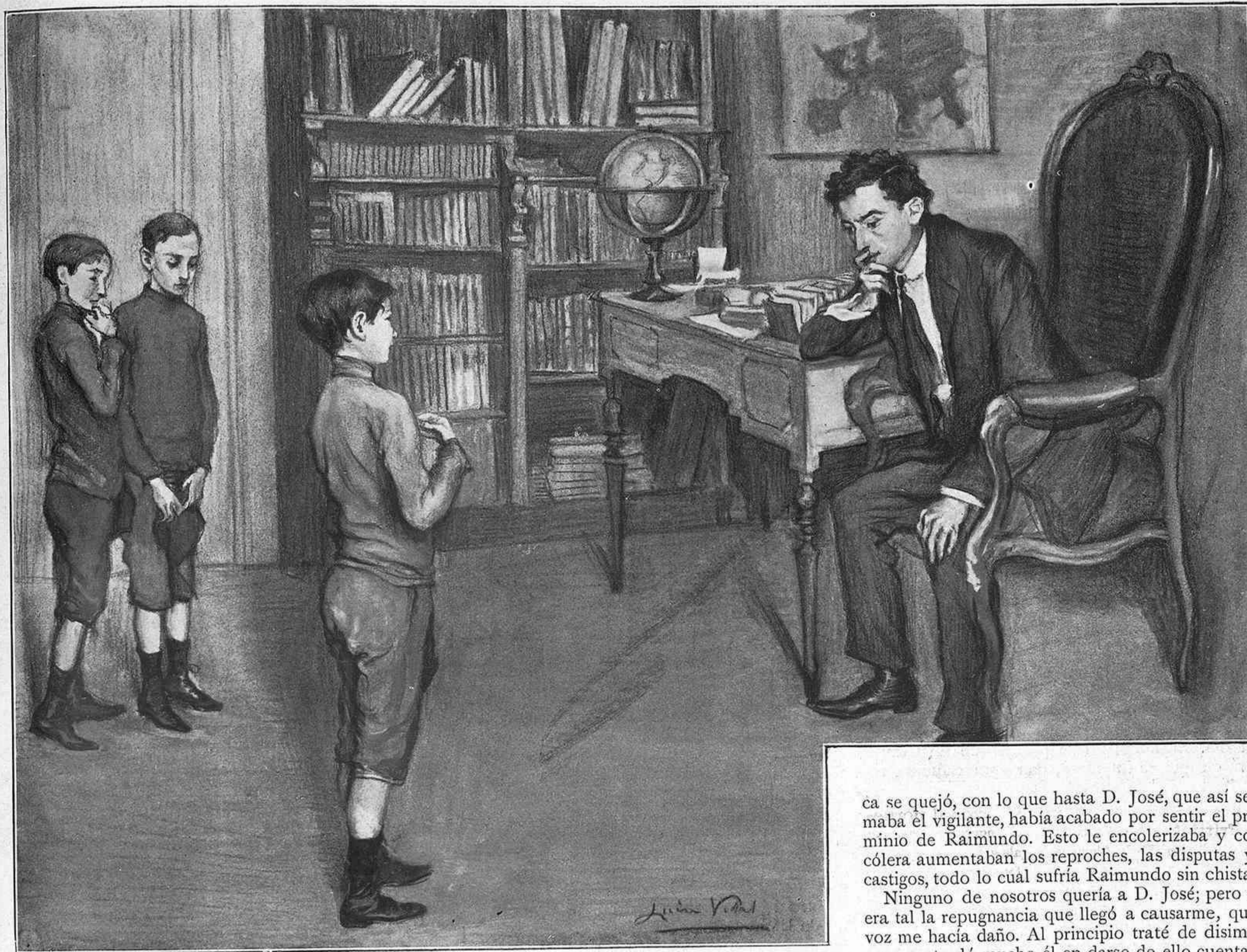


París. - Entierro de Enrique Rochefort. La multitud presenciando el paso del cortejo fúnebre (De fotografía de Photo-Hispania.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

DOS AMORES

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE LUISA VIDAL



... oímos al muchacho confesar su culpa e implorar el perdón del vigilante

AL AUTOR

Se propone usted hacer pública, por medio de la imprenta y en forma de relato, la narración que le hice junto al hogar de su casa natal, y me pregunta si está podrá saberle mal a alguno de los sobrevivientes de aquel drama íntimo.

La única persona a quien pudiera haberle dolido murió hace un mes entre mis brazos, después de haber muerto hace cuarenta años para la esperanza y para el amor.

Siento que los momentos que me quedan a mí no serán muchos ni amargos.

Usted, joven y vigoroso, recordando alguna vez a su antiguo amigo, conserve celosamente el consejo que le da un viejo: AME USTED Y BENDIGA.

Jorge.

Trasládome con el pensamiento a un tiempo lejano. No había yo cumplido aún trece años y las secciones del colegio de B* me habían acogido, pocos días hacía, en medio de una nidada de muchachos. Los había grandecillos, pero la mayoría de ellos eran más pequeños que yo; así es que desde el primer día mi aparición había sido causa de muchas discusiones entre mis nuevos compañeros. Uno procuraba captarse mi amistad haciendo ostentación de su valor; otro con la astucia de sus truhanerías; sólo los más maduros mostrábanse obstinados, temiendo en mí un rival peligroso.

El colegio es una imagen viviente de la sociedad:

una plebe de aplaudidores y de admiradores y un rebaño de autócratas, siempre pendencieros entre sí, que se disputan las migajas de la adulación. Mas así como en la vida de las grandes ciudades vemos triunfar la astucia y la fortuna, y a la pobreza y a la virtud devorar en secreto sus lágrimas, en los colegios se atiende a los años; de esta suerte la jerarquía hállase establecida sobre una base de igualdad ya que cada cual sabe que cuando le llega el turno también será déspota y nadie le quitará su parte de reinado.

Sé que yo mismo experimenté muchas veces este sentimiento de complacencia y que andando el tiempo me pregunté las razones de aquel deseo intenso de crecer que nos hace anticipar la atribulada carrera de la vida.

En aquel colegio conocí a Raimundo.

Al principio, su tristeza, su afán por estar solo y su taciturnidad, habíanme parecido indicios de altivez; y como yo no quería ser el primero en acercarme a él, por más que una atracción irresistible me impulsara a hacerlo, estuve mucho tiempo sin dirigirle la palabra. Pero, en mi interior, ardía en deseos de hacerme amigo suyo, y buscaba todas las ocasiones para estar cerca de él, para verle y para que me viera.

Su modo de ser habíale concitado muchos odios (en aquella edad se sabe odiar) pero los más robustos de sus compañeros le temían, no porque estuviese dotado de más fuerza, sino por su carácter impasible que infundía miedo a los más valientes.

Teníamos en nuestra sección un vigilante, de unos veintiocho años de edad, que había tomado la costumbre de tratar bruscamente a Raimundo; éste nun-

ca se quejó, con lo que hasta D. José, que así se llamaba el vigilante, había acabado por sentir el predominio de Raimundo. Esto le encolerizaba y con la cólera aumentaban los reproches, las disputas y los castigos, todo lo cual sufría Raimundo sin chistar.

Ninguno de nosotros quería a D. José; pero a mí era tal la repugnancia que llegó a causarme, que su voz me hacía daño. Al principio traté de disimular; pero no tardó mucho él en darse de ello cuenta y se propuso vengarse; de manera que muy pronto Raimundo y yo fuimos objeto de una persecución común. Este vínculo debía estrechar nuestra amistad.

D. José era muy goloso de caramelos; cierto día, un gran cucurucho de éstos, que guardaba en un cofre, cayó en manos de nuestros compañeros y los caramelos fueron repartidos y comidos en un santiamén; pero antes de que hubiesen tenido tiempo de hacer desaparecer la envoltura de papel azul, presentóse D. José y por la turbación que su aparición produjo y por el papel azul del cucurucho, comprendió nuestra culpa. Abrió el cofre y vió confirmadas sus sospechas.

Durante unos instantes pareció enfurecido y esperábamos que se arrojase contra nosotros; sin embargo con gran sorpresa nuestra, le vimos alejarse sin decir una palabra. Nadie supo imaginar lo que pasaba en aquella alma rabiosa; pero yo no me equivocaba al pensar que Raimundo y yo pagaríamos la culpa por todos.

A la mañana siguiente, D. José llamó aparte a Raimundo el cual le siguió con su calma acostumbrada; poco después me llamó a mí y fui temblando, pero resuelto.

Raimundo estaba en un rincón y me miraba con curiosidad. D. José, que estaba sentado, hízome que me acercara y quiso que le dijese quién era el primero que había andado en el cofre, amenazándome con el ayuno y el encierro si no delataba al culpable.

Comprendí que igual pregunta había sido hecha a Raimundo e involuntariamente volvíme hacia él. Vi su mirada fija en la mía y parecióme leer en ella el temor de que yo lo descubriese todo para evitarme el castigo.

Contesté que también yo había presenciado el hecho y tenía conocimiento de él, pero que no quería denunciar a mis compañeros.

Por los ojos de D. José pasó como un relámpago; Raimundo tenía los suyos, como al principio, clavados en el suelo.

De pronto entró Eugenio S... Era un muchacho travieso, siempre alegre, siempre dispuesto a los golpes de mano, a los alborotos, por lo que Raimundo y yo habíamos tenido pocas relaciones con él.

D. José le preguntó imperiosamente qué iba a hacer allí sin que nadie le llamara; a lo que él contestó con acento firme, que a indicar el nombre del autor del hurto del día anterior.

Raimundo y yo nos miramos asombrados, pues ambos sabíamos que él era precisamente el culpable.

Ninguno de los dos conocíamos el corazón de Eugenio y temíamos que éste viniera para echar sobre otro su propia culpa, pues no podíamos concebir que tuviese el propósito de entregarse a las iras de Don José.

Pero nuestro asombro subió de punto cuando oímos al muchacho confesar, con la impudencia de su edad, su culpa e implorar, con acento burlón, el perdón del vigilante.

Aquel acto le rehabilitó ante nuestros ojos; y aunque comprendí que Raimundo había concebido, en el mismo instante, una grandísima estimación hacia él, no me sentí celoso, porque me lisonjé de poder compartirla.

Los tres fuimos encerrados en el *cuartito de las reflexiones* y allí nos tuvieron tres días a pan y agua.

Apenas nos vimos solos, la tendencia irresistible a la expansión que la naturaleza ha encerrado en el pecho de los hombres, rompió todo freno, y a nuestros labios acudieron nuestros sentimientos, nuestras ideas, nuestros propósitos.

En aquella edad no se tienen secretos; se recita el papel con la careta en la mano, se muestra la faz descubierta y en la faz, descubierta el alma.

Una hora después, éramos amigos antiguos. Cada uno conocía el pasado de los otros. ¿Qué pasado? Una hora breve de vida volada en los torbellinos del deseo; un pétalo de rosa que nuestra mano había cogido y que el viento nos arrebató. Ninguno de nosotros se habría ciertamente detenido en su camino para recapacitar un instante, si el temor de que alguna parte de nosotros permaneciese oculta a los nuevos amigos no nos hubiese movido a hacerlo aquel día. Entonces no se piensa que un tiempo vendrá en que se intentará, con gran esfuerzo, reconstruir todo el cuadro de nuestra vida, y que aquellos años infantiles, que tan rápidamente huyeron serán los únicos en los cuales querremos detenernos con complacencia.

El dolor y la culpa acompañan la jornada del hombre, y el remordimiento va con el ocaso de la misma: la vida no tiene más que una hora no obscurida por las pasiones: la infancia.

Raimundo, antes tan taciturno, nos reveló una infinidad de propósitos; parecía que abandonaba con voluptuosidad su reserva.

Eugenio estaba dispuesto a tomarlo todo a broma. Había logrado hurtar algunas avellanas, previendo que le tocaría el *pan y agua*, y vació sus bolsillos sobre nuestra mesa.

Así entre bromas y confidencias transcurrieron aquellos tres días.

Desde entonces, fuimos inseparables.

* * *

Doce años después, encontrábame yo en Milán; el colegial se había hecho hombre.

Hacia mucho tiempo que no tenía noticias de Raimundo, el cual había partido para un largo viaje ocho años antes, cuando la soledad en que le dejara la muerte de un tío anciano que lo había educado, había despertado en él el deseo de ver cosas nuevas. Su última carta dejaba la impresión de una melancolía incurable; decíame en ella que viajaba en compañía de un indiano, que iba mendigando de ciudad en ciudad la tranquilidad que en ninguna encontraba, y que no podía decidirse a regresar a Europa.

Hallábase entonces en San Cosme, en el Paraguay, y allí hubiera querido yo contestarle si su vida errante no me hubiese quitado toda esperanza de que mi carta llegara a sus manos.

Así transcurrieron dos años. Una mañana del año 18... oí llamar de un modo conocido a la puerta de mi cuarto.

— Adelante, Simplicio, grité desde mi cama.

El viejo portero entró y me entregó una carta. El corazón me latió con fuerza cuando reconocí la letra de Raimundo.

Decíame una infinidad de cosas, todas tristes; pero de ellas me consolaba la promesa de su regreso a Italia. Había salido de Maldonado a bordo del buque francés *La Vitesse* y debía llegar a Liorna dos meses después.

Calculando fechas, vi que no debía estar muy lejos de mí y que dentro de ocho días, a lo sumo, podría abrazar de nuevo al excelente amigo de la infancia.

Mis esperanzas no quedaron defraudadas; cinco días después recibí aviso de su llegada a Liorna, y al siguiente estaba Raimundo a mi lado.

* * *

Estaba conmigo, pero, ¿puedo decir que era el mismo Raimundo de antes, taciturno, pero confidente de cuando en cuando? Debajo de su barba negra buscaba yo las líneas conocidas de aquel semblante pálido y afilado; su mirada continuaba siendo triste, pero había perdido aquel fuego que daba fulgores de luz a su cabeza. ¿Qué se habían hecho las ingenuas expansiones de otros tiempos?

— ¡Cuánto hemos cambiado!, me dijo un día mirándome al rostro.

— Tú más que yo, le respondí.

— ¿Te parece? Prueba, sin embargo, a remontar la corriente, a hurgar entre las cenizas de ti mismo.

— Me da miedo hacerlo, contesté tomando la cosa a broma.

— Tienes razón. El tiempo consume su obra; hoy tenemos pelos en la barba y dentro de veinte años tendremos canas.

— El alma, a lo menos, no varía, añadí.

— ¡El alma!.. ¿Crees en ella?..

— Pero, ¿qué diantre ha pasado en ti? ¿Qué choque ha destrozado tu fe que parecía tan firme?

— ¡La fe! Hay en la vida una edad en la que se necesita tenerla; se contempla el cielo, se ven las estrellas, se respira el aroma de las flores, y se cree.

Cuando estuve solo, recordando a Raimundo y nuestros primeros años de colegio, acudí a mi memoria Eugenio. Hacia algunos años que se había marchado a Roma para perfeccionarse en el arte, y gozaba allí de fama de buen pintor. Escribí una carta extensa explicándole, tal como yo me lo figuraba, el estado de ánimo de Raimundo, sus dudas, sus ansias; pero no le dije que lo creía cambiado hasta el punto de ser insensible al afecto. No me atreví a decirle, como no me atrevía a decírmelo a mí mismo, que me parecía muy debilitada en su corazón aquella amistad que antes nos había unido.

Cerrado que hube el sobre, lo contemplé un rato en silencio y en un momento de escepticismo, llegué a temer hasta del propio Eugenio.

¿Qué importa haber cambiado un saludo cada mes si dos corazones han cesado de latir uno al lado de otro desde hace mucho tiempo? Este es el destino de las amistades contraídas en la infancia. Nos separamos con lágrimas en los ojos y llevamos grabada en el pecho la imagen querida; el tiempo nos transforma y nos trastorna, pero aquella imagen no nos abandona y viviendo en parte la vida de antes, alimentamos nuestro afecto con el pensamiento. Nadie, sin embargo, piensa que tampoco existe ya el objeto de nuestro amor y que el fantasma que nos lo representa es una mentira. Mas si ocurre que un día nos encontramos en la calle, acordándonos solamente de que nos habíamos amado mucho, movemos la cabeza con desconfianza y nos llamamos mutuamente ingratos.

* * *

Al otro día, apenas amaneció, me encaminé a casa de Raimundo.

Era la primera vez que iba allí y no sabía ni por qué iba ni cuál era el estado de mi ánimo; no sé más sino que obedecía a una exigencia imperiosa de mi corazón.

He visto a hombres detenerse pensativos ante las ruinas de Pompeya y contemplar temblorosos un fragmento de capitel desenterrado, como si este objeto despertase en ellos los recuerdos de una edad pasada.

¡Pues con cuánta más razón no deberemos sentirnos sobrecogidos de tristeza acercándonos a las ruinas de un corazón que ha sufrido y amado, si aquel corazón nos ha pertenecido?

Tal vez era éste el sentimiento que en aquella hora matutina me impulsaba a visitar a Raimundo.

Cuando llegué al barrio apartado en que vivía, detúveme vacilante; me parecía inoportuno ir en aquella hora a su casa; pero como me obstinaba en querer borrar con el pensamiento el tiempo que nos había tenido separados, acabé por persuadirme de que mi

Raimundo, el del colegio, no se habría ofendido por esta libertad, y en dos saltos me planté en el tercer piso.

Recibíome una especie de negro del que, a primera vista, no era fácil señalar a qué raza pertenecía. Vestía a la europea, pero sus cabellos negros caían descuidadamente sobre los hombros; era esbelto de cuerpo y de estatura menos que mediana, mas al través del chaleco de lana y de los pantalones de lienzo, podía adivinarse la maravillosa proporción de sus miembros.

Saludóme con una inclinación de cabeza, como un hombre, no como un esclavo, y cuando hube entrado en la antesala, dióme la bienvenida con acento gutural en un lenguaje mezcla de castellano y de italiano.

Después, sin pronunciar una palabra más, me señaló una silla y salió.

La sorpresa que tan extraño criado me produjo no me dejó tiempo para decirle mi nombre a fin de que pasase recado a Raimundo. Al poco rato, el negro reapareció y acercándose a mí, me dijo en voz baja:

— Mi señor amo duerme.

Comprendí que toda insistencia cerca de tal criado habría sido inútil; pero por otra parte, el temor de parecer importuno y cierta curiosidad de examinar a aquel personaje me aconsejaban que aguardase un poco.

— Esperaré, dije al negro.

Y no logrando dominar mi curiosidad, añadí:

— ¿Cómo se llama usted?

— Charrúa, de la tribu de los Charrúas, nacido a orillas del Uruguay.

— ¿Y ha abandonado usted su patria?

— El Charrúa ama a su bienhechor y a éste pertenecen sus brazos y su vida.

Y diciendo esto levantaba en alto los brazos desnudos haciendo que se marcasen sus músculos poderosos.

— ¿Pero ha dejado usted allí parientes? ¿Ha abandonado usted la tienda de su padre?

— La tienda de mi padre, sus armas y su poncho han sido enterrados con él en el monte; el Charrúa que me despertó en el mundo se ha dormido para siempre. Durante dos días estuve escondido en la cabaña; después vino un compañero, me pellizó la carne de los brazos y clavó en ella las astillas de la caña. Luego me fui al bosque y el yaguarsté y otras bestias feroces tuvieron miedo del buen hijo y huyeron; entonces regresé a la cabaña, quitéme las astillas de los brazos y no comí nada en dos días. Así saludó Charrúa el último sueño de su padre.

Al decir esto su rostro se encendía y sus ojos negriscos se agitaban en sus órbitas. Después enseñóme con orgullo los brazos para que viese las señales que en ellos había dejado su luto.

Comenzaba a interesarme aquel hombre que al ardor salvaje de su raza unía una gran dulzura.

En esto sonó una campanilla, y el extraño criado dió un salto y me dejó solo sin decir palabra.

* * *

Volvió al poco rato y me rogó que le siguiese.

Atravesé una larga serie de habitaciones, en todas las cuales veía impreso un sello de riqueza que me sorprendió, pues aun cuando sabía que Raimundo era el único vástago de una familia rica, nunca me había hecho la menor indicación acerca de su fortuna.

La estancia en que se hallaba Raimundo estaba amueblada elegantemente; alfombras y pieles de tigre cubrían el suelo y las paredes estaban tapizadas de azul.

Raimundo me esperaba; medio incorporado sobre las almohadas, tendióme la mano y me hizo sentar junto a su lecho.

— Pensaba enviarte un recado para que viniéras, me dijo después de haber despedido con un gesto al criado; necesitaba verte.

Había tanta tristeza en sus palabras, que no supe qué contestarle; pero observé que su rostro estaba pálido, más pálido que de costumbre, y que su respiración era agitada.

— ¿Qué tienes?, le pregunté.

— Un poco de calentura, respondiome sonriendo. Lo esperaba; allí estaba enfermo de nostalgia y ahora... Será quizá el cambio de clima, pues me había acostumbrado a aquel cielo de fuego.

Luego prosiguió lentamente:

— ¿Qué habrás pensado de mí después de lo que te dije ayer?

— He pensado que tu alma está enferma y que necesitas un buen médico.

— Desconfío de encontrar uno. Hay venenos que no tienen antidoto, bien lo saben los indios; y hay

llagas que consumen y matan y contra las cuales nada podrían el hierro ni el fuego. ¿Has dudado alguna vez?

- ¿De qué?
- De todo: de Dios, del hombre, de la mujer, del amor, de nosotros mismos...

- ¿Y de la amistad?
- Sí, de la amistad también. Si has sufrido alguna vez este martirio, ¿sabes si hay para él algún remedio?

- Hay uno.
- ¿Cuál?
- Amar; lanzarse al mundo, respirar sus vicios y recoger sus pocas virtudes; sufrir la indiferencia y el odio hasta que se encuentre un hombre que nos haga creer en la amistad, una mujer que nos dé el amor y algún ejemplo raro que nos muestre la virtud. Entonces elevaremos los ojos al cielo y encontraremos a nuestro Dios.

Raimundo no contestó y pareció meditar mis palabras.

- Puede que sea así, dijo luego con cierto abandono. Mi alma lucha todavía; pero, ¿crees tú que no he pensado en esto y que no he derramado lágrimas de desaliento? ¡Amar, esperar! Mas para todo esto conviene vivir, sufrir. Encontrarás una mujer que te amará, un ejemplo de virtud que mitigará el espasmo de tu corazón, pero ¿cuál camino para llegar hasta ellos? Somos viajeros que nos aventuramos en el desierto sin haber medido su extensión. ¿Qué dirías de un loco que corriese en pos de una sombra? ¿Y qué otra cosa son los hombres con sus quimeras de virtud y de amor?

- Este es tu error, repliqué con dulzura. No te pido una confesión, pero exijo de tu amistad que eches una mirada escrutadora en tu alma, pues muchas veces conocer el mal es curarlo. Y ahora te pregunto ¿qué has hecho de tu vida? A los diez y ocho años te apremió el deseo de viajar; hubieras podido visitar ciudades populosas, en donde la sociedad se te habría aparecido grande en medio de sus bajezas y del torbellino de la obscenidad trivial y de los amos de gran dama habrías podido quizás separar una muchacha honrada o un obrero fuerte. En vez de esto, hastiado del mundo en el cual no habías vivido todavía; misántropo sin haber conocido a los hombres, sin ser aún tú mismo un hombre has visitado la América del Sur y las avanzadas dispersas de sus tribus de salvajes, y has pasado los años más bellos de la existencia respirando un aire que no era el tuyo, escuchando un lenguaje que apenas entendías, frecuentando gentes que no podían aumentar el patrimonio de tus ideas, de tus sentimientos. Y regresaste a tu país cansado de la vida, odiando a los hombres, sin haberte formado un concepto de los hombres y de la vida. Una gran parte de los que no han de ganarse el pan con el trabajo padecen tu enfermedad, el hastío; pero mientras otros buscan en la embriaguez y en el delirio de los sentidos el olvido, tú, con lógica más falsa, pides la paz a la soledad y escudriñando en tu corazón enfermo, quisieras encontrar en él la medicina de tu mal. Cuando se es joven como tú, créeme, mi querido Raimundo, la soledad es una triste y mala compañera; conviene proporcionar al espíritu sus batallas, sus latidos al corazón.

La franqueza de mi lenguaje sorprendió a Raimundo y casi me pareció que me había excedido demasiado; pero le observé y vi que estaba tranquilo. Poco después se movió y de un brinco saltó de la cama.

- ¿Qué haces?, le pregunté.
- Quiero salir contigo; comeremos juntos e iremos al teatro, a los casinos.
- Pero estás enfermo, tienes calentura.
- ¿Qué importa? Lo que conviene es salir de esta inercia, vivir.

En pocos minutos estuvo vestido; dióme el brazo y salimos.

Nunca me había parecido tan alegre como entonces. Al pasar por una de las habitaciones, detúvose delante de una caja, como asaltado de pronto por una idea, y sacando de ella dos pedacitos de hueso que se clavaban el uno en el otro, me los presentó sonriendo para que los examinase.

- ¿Para qué sirve esto?, le dije.
- Pregúntaselo a Charrúa y él te dirá el gran sacrificio que se impuso para privarse, por cariño hacia mí, del adorno de su labio. Los indios, apenas nacen, se lo atraviesan en el labio superior y no se lo quitan nunca más; y ya comprenderás cuán fácil es contraer la costumbre de estar serio cuando se lleva sobre el labio esta fruslería. He conocido, entre otras, la raza de los Minuanos, gente severa y melancólica como los desierranos que la encierran en su territorio; un buen minuano no se ríe en toda su

vida. Pues bien, estos son los hombres con quienes he creído vivir hasta ahora.

* * *

A pesar del cuidado que ponía Raimundo en ocultarlo a mis ojos, comprendí que el nuevo género de vida, a que desde hacía algunos días se había entregado, no conseguía llenar el vacío de su corazón. Al principio, participó de los nuevos placeres con avidez. Le llevé al teatro, a las reuniones de calaveras, que yo mismo había abandonado hacía mucho tiempo, a todos los sitios en donde se ríe, se loquea y se olvida; pero comprendía la insuficiencia de mi remedio y pensé que el tiempo habría cumplido mejor la obra que yo había acometido. Consideré, pues, preferible introducirlo en unas pocas familias amigas mías y abandonarlo a sí mismo; mas cuando Raimundo no tuvo ya mi estímulo, descuidó las nuevas amistades y a veces se apartó de ellas algún día, sin avisármelo, según costumbre, por conducto de Charrúa.

Quizás temía mis reproches; pero para no parecer ingrato, seguía mostrando deseos de verme y visitaba de cuando en cuando a aquellas familias que le habían acogido cortésmente.

Entre otras, la condesa B., que también había pasado una parte de su vida en la América del Sur, habíase manifestado muy amable con Raimundo y éste iba a verla gustoso, atraído por su cortesía y por su inteligencia, si bien se mostraba frío e impasible con la multitud de señoras elegantes y de artistas que frecuentaban aquellas reuniones nocturnas.

La condesa B. era mujer de cincuenta años, de modales afabilísimos y de corazón joven; había puesto gran afecto a Raimundo y si pasaba algún tiempo sin verle, me pedía a mí, con mucho interés, noticias suyas.

Raimundo se percató naturalmente de esta simpatía, y como era modesto y estaba agradecido a aquel poco de afecto que se le ofrecía, sintióse impulsado a hacer más frecuentes las visitas. De este modo, al cabo de algún tiempo, sus costumbres se habían modificado.

Una noche, mientras Raimundo y yo platicábamos en un ángulo del salón con la condesa, vimos que se acercaban a nosotros un anciano de alta estatura y una jovencita; la condesa corrió a su encuentro, estrechó la mano al caballero, besó en la boca a la muchacha y luego nos presentó al general R. y a la señorita Clelia.

El general era un hombre sencillote, de modales francos y parco de palabras; si no había cumplido setenta años, cerca les andaba, pero se mantenía bastante fuerte, aunque su elevada estatura le obligase a tener la cabeza un tanto encorvada.

La señorita Clelia era una personita delicada, pálida, con dos grandes ojos negros y dos largas trenzas de cabellos castaños que le caían sobre la espalda. En conjunto, era una criatura como se ven tantas; no verdaderamente guapa pero llena de atractivos; y si le faltaba aquel conocimiento de los propios méritos que muchos buscan en la mujer, en cambio, de sus ojos emanaba una expresión de ingenuidad, y el abandono de sus miembros y de sus movimientos acusaba una flojedad que no es un defecto, y una indolencia agradable. Clelia era una criatura buena; hablaba sin afectación, sin mirar dentro de sí misma para hacerse escuchar; sonreíase a menudo y si alguien le dirigía la palabra, sabía estar atenta. Todo lo cual no era cosa muy corriente, como a primera vista puede parecer. Su palabra era fácil y clara; decía todo lo bueno que sabía y cuando se murmuraba de alguien, callaba y cambiaba de conversación si podía hacerlo sin ofender a nadie. Manifestaba sus gustos sin afectación, y sus gustos pronto quedaban manifestados: le agradaba todo. Tal me pareció la señorita Clelia al cabo de algunos días de tratarla.

El anciano general le llamaba a veces «hija mía», pero con más frecuencia «señorita»; y si yo podía discurrir acerca de su afecto paterno, no sucedía lo mismo respecto de su calidad de padre.

Pero en una reunión de amigos de casa, es imposible que uno sea curioso sin que encuentre cien personas que compartan su curiosidad. Los charlatanes y los curiosos son la raza más numerosa que pulula en la tierra; y que Dios te libre de unos y otros, porque, para mayor desgracia, viven en perfecta armonía y si los charlatanes se despachan a su gusto para uso y consumo de los curiosos, la sed de éstos es, por lo menos, tan grande como la ferocidad de aquéllos. Mas como sucede que el curioso es a la vez charlatán, y aun sólo por esto está ávido de saber a fin de tener cosas que decir, en resumidas cuentas resulta que lo que siempre se echa de me-

nos es el auditorio. Mas los pocos caballeros que aparte de ellos viven, se ven involuntariamente arrastrados al mercado, en donde se vende con gran rebaja de precios.

En suma, que la señorita Clelia era huérfana, o a lo menos por tal pasaba, y en esto convenían todos; pero en cuanto al general, según unos, era un tutor, y según otros, un padre que escondía una culpa.

Una noche que fui a casa de la condesa B., noté que Raimundo, que había acabado por ser uno de los más asiduos concurrentes, no había ido. La condesa pidióme noticias de él y le contesté que no las tenía; en efecto, aquella mañana no había estado en mi casa. Hablamos naturalmente de él y la señorita Clelia, que estaba junto a nosotros, nos escuchaba. En esto, entró Raimundo y fuese casualidad o instinto, mis ojos se encontraron con los de Clelia, lo cual bastó para que ésta se ruborizase.

- Hablábamos de usted, dijo la condesa, y hablábamos muy mal porque temíamos que no viniera.

Raimundo se disculpó ingeniosamente; había hecho grandes progresos en el camino de la galantería.

Peró nuestra conversación languideció; Clelia no decía una palabra y Raimundo se había puesto serio. Esperaba yo que mi amigo se despidiese, siguiendo su costumbre de alejarse cuando le asaltaba la melancolía; sin embargo, no se movió. La condesa, que conocía a fondo su corazón, procuraba distraerle; pero inútilmente.

Después, la señorita Clelia saludó a la condesa y se fué.

Raimundo apenas se había movido; mas no pasó mucho rato sin que él también abandonase la reunión. Yo salí con él.

* * *

Pareció satisfecho de que yo le hubiese seguido, pero no me reveló la causa de su tristeza. Creyendo que quería irse a su casa, le acompañé.

Por el camino, no dijo una palabra. Cuando llegamos delante de su casa, me detuve; mas él siguió andando. Estaba distraído.

Atravesamos muchas calles, siempre en silencio y de este modo fuimos a salir al campo.

El cielo estaba sereno; las estrellas aparecían fijas y brillantes; algunas nubecillas blancas vagaban en el aire nocturno.

La obscuridad había despertado las voces de sus cantores; los grillos en los prados, las ranas en el estanque vecino, y de cuando en cuando el mochuelo y el buho elevaban al cielo sus himnos melancólicos. Parando la atención, se oía como un murmullo lejano de mil notas diversas; el silencio tiene su voz, que no se sabe de dónde viene, pero que llega siempre al corazón de quien sabe escucharlo.

Raimundo me cogió las manos fuertemente, alzó los ojos al cielo y me dijo con acento de alegría salvaje:

- ¿No te parece que la naturaleza habla para los dos? Me siento ligero; quisiera subir muy alto..., seguir aquella nube, estrechar entre mis brazos al universo y decirle que le amo... Hasta me parece que vuelo, añadió en voz baja; hasta me parece que creo.

* * *

Al día siguiente, algunas ocupaciones me retuvieron lejos de casa y cuando volví a ella, supe que Raimundo no había aportado allí.

Mas no había amanecido aún el otro día, cuando oí llamar a la puerta de mi cuarto; era él. Me propuso un paseo y acepté.

Por el camino parecía pensativo; de cuando en cuando, me interrogaba sobre mis costumbres y yo le repetía cien cosas que él sabía mejor que yo.

- ¿Qué hiciste ayer?, me preguntó de pronto.
- Estuve ocupadísimo. Habría ido a verte pero no tuve tiempo.

- ¿Y por la noche?
- La he pasado en un sueño.

Apenas hube dicho estas palabras, enmudeció y se oscureció su semblante. Por más que pensé, no pude comprender la razón de aquel cambio repentino.

* * *

Por la noche fui a casa de la condesa, creyendo encontrar allí a Raimundo; pero todavía no estaba.

El general se me acercó; preguntéle por la señorita Clelia y me contestó que estaba ligeramente indispuesta.

Raimundo no compareció y después de haberle esperado tres horas, me marché.

(Se continuará.)

KIEL. — ENTREVISTA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Y DEL REY VÍCTOR MANUEL III DE ITALIA.

Los reyes de Italia han emprendido recientemente un viaje con objeto de hacer una visita oficial a los soberanos de Suecia; pero por el camino se han detenido un día en Kiel, adonde llegaron a las diez de la noche del día 2 y en donde los esperaban el emperador y la emperatriz de Alemania, quienes desde la estación los acompañaron al yate real *Trinacria*, regresando luego al yate imperial *Hohenzollern*.

Al día siguiente, los reyes italianos y los emperadores alemanes hicieron una excursión por el canal del Emperador Guillermo, visitando el puerto de guerra y las esclusas y el acorazado *Kaiser*. Después se celebró en el *Hohenzollern* un almuerzo, al que asistió también el príncipe de Mónaco, y por la noche en el *Trinacria* un banquete, al que concurrieron, además de los soberanos, los príncipes y las princesas que se hallaban en Kiel, el canciller del Imperio, varios hombres de Estado y las autoridades. A las once, el *Trinacria* levó anclas con rumbo a Estocolmo.

El encuentro de los dos soberanos, a quienes acompañaban el marqués de San Giuliano, ministro de Negocios Extranjeros de Italia, el canciller del Imperio Sr. Bethmann-Hollweg y el secretario de Estado alemán Sr. Yagow, ha sido muy comentado y en realidad ha debido tener excepcional importancia dados los graves problemas actualmente planteados en Europa. Supónese fundadamente que el emperador Guillermo II y el rey Víctor Manuel III han debido tratar no sólo de los asuntos de Oriente, sino también de los armamentos militares de la Triple alianza; pues se dice que en Berlín se opina que el esfuerzo militar de las tres potencias debe ser uniforme, y no se ve con buenos ojos el dualismo naval italo-austriaco, que absorbe los recursos financieros con detrimento del ejército de tierra.



Kiel. — Entrevista del emperador Guillermo II de Alemania y del rey Víctor Manuel III de Italia. (De fotografía de Carlos Trampus.)

José Rauch, ambos distinguidos y afamados escultores berlineses.

El autor de la Fuente de los Cuentos es el notable arquitecto, consejero arquitectónico municipal de Berlín, Luis Hoffmann.

Detrás de esta fuente monumental hay una plazoleta con otra fuente y seis grupos escultóricos con figuras de niños y varias estatuas que representan también personajes de cuentos infantiles.

BERLÍN

LA FUENTE DE LOS CUENTOS

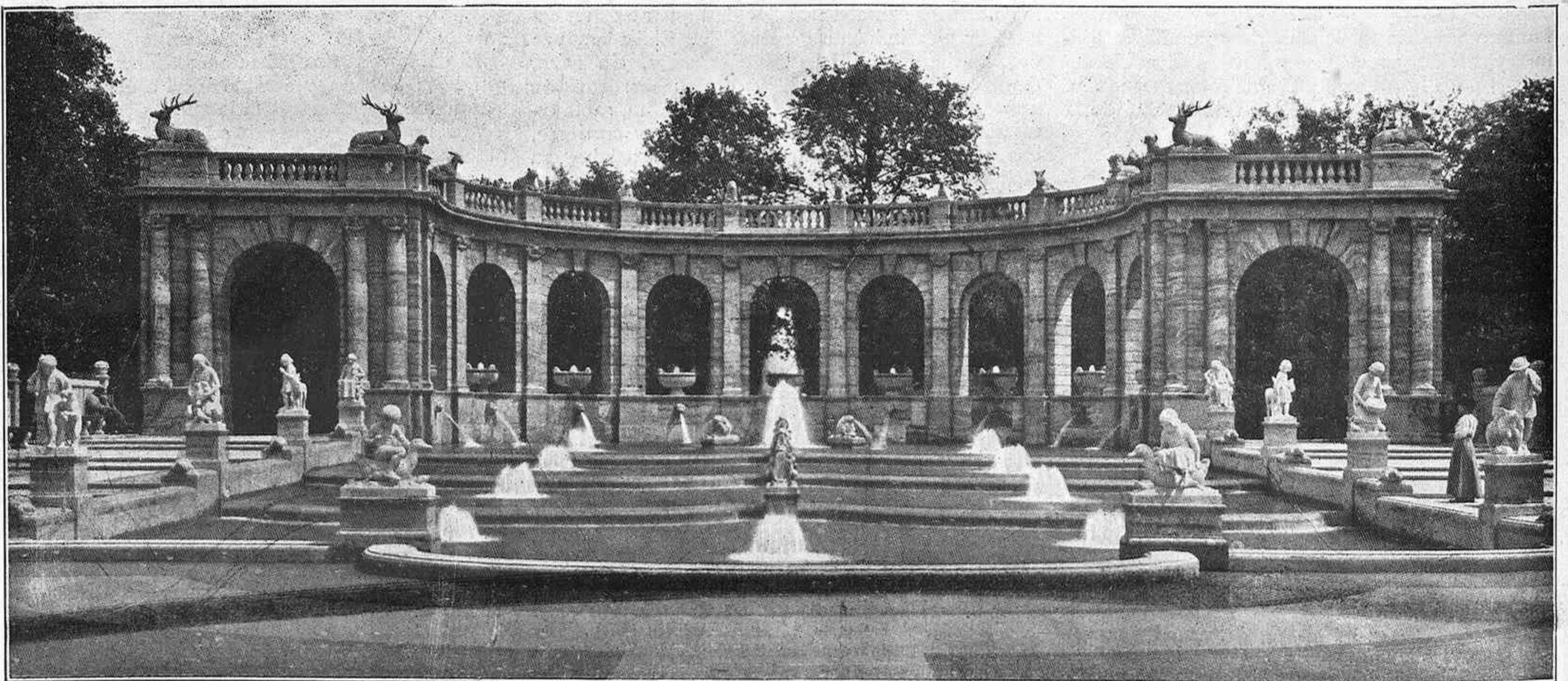
Hace pocos días se ha inaugurado en Berlín esta hermosa fuente, que a su belleza y grandiosidad arquitectónicas une el encanto de lo que pudiéramos llamar asunto o tema de su composición. Llámase la «Fuente de los Cuentos» y este sólo título explica suficientemente el objeto para el cual ha sido construída: servir de recreo a la vista de los niños, reproduciendo ante ellos los personajes de las consejas que cautivan su imaginación infantil.

No describiremos el monumento, que es verdaderamente bello y grandioso, como antes decimos, porque el adjunto grabado hace ociosa toda descripción.

Diremos únicamente que las diez esculturas que en él se ven, dos en primer término, en el mismo estanque, y cuatro a cada uno de los lados, representan los protagonistas de cuentos populares, unos universalmente conocidos, otros esencialmente alemanes, entre ellos: *Hansel y Gretel*, *El gato embotado*, *La cenicienta*, *Caperucita encarnada*, *Blancanieve* y *La hermosa dormida en el bosque*.

La parte decorativa accesoria la forman numerosos mamíferos, peces, ranas, tortugas, moluscos y cestas con profusión de flores y frutas.

Las esculturas que representan los cuentos, así como las de las ranas y las de las tortugas, han sido modeladas por Ignacio Taschner; las demás, por



La Fuente de los Cuentos, recientemente inaugurada en Berlín, obra del arquitecto Luis Hoffmann. (De fotografía.)

BARCELONA. - VISITA DEL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA. (Fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Con objeto de asistir a la sesión de clausura de la Asamblea de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras que se ha celebrado en esta ciudad, llegó el domingo día 6 del actual el Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes D. Joaquín Ruiz Jiménez. En la estación fué recibido por todas las autoridades, corporaciones oficiales, representantes de entidades, senadores, diputados y otras personalidades distinguidas, y después de las presentaciones de rúbrica, dirigióse al domicilio del Sr. barón de Bonet, rector de esta Universidad, en donde se ha hospedado durante su estancia en Barcelona.

Al mediodía, el Sr. Ruiz Jiménez visitó detenidamente la Universidad, en donde le esperaban gran número de catedráticos, asambleístas y comisiones, firmando el libro de honor y admirando los valiosos ejemplares que en la Biblioteca universitaria se conservan.

Por la tarde, en el Paraninfo tuvo lugar la sesión de clausura de la asamblea, ocupando la presidencia el ministro, quien tenía a sus lados al capitán general, al alcalde, al rector de la Universidad, al representante del obispo, al delegado de Hacienda, al presidente y al fiscal de la Audiencia y a otros personajes con representación oficial. Abierta la sesión, leyéronse las conclusiones aprobadas en las distintas secciones de la Asamblea y acto seguido el presidente de ésta Sr. Prats y



Llegada a la estación de Francia del Excmo. Sr. ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes D. Joaquín Ruiz Jiménez

y varios concejales y por el presidente y algunos diputados provinciales respectivamente; el *Institut de Estudis Catalans*, cuyos archivo y biblioteca recorrió acompañado del Dr. Rubió y Lluch; el Ateneo Obrero, el Fomento del Trabajo Nacional y la Cámara Industrial.

Aymerich usó de la palabra saludando al ministro, haciendo observar la nota de fraternidad que en aquella ha dominado, extendiéndose en consideraciones sobre las conclusiones aprobadas y dando las gracias al ministro y a los asambleístas forasteros por su asistencia al acto que se estaba celebrando.

El Sr. Ruiz Jiménez, después de hacer constar que Su Majestad el Rey se asociaba al acto, manifestó su conformidad con las conclusiones aprobadas por la Asamblea, disertó largamente sobre la organización de la enseñanza y las atribuciones del profesorado y terminó expresando el afecto que le inspira Barcelona y el deseo del gobierno de atender a sus aspiraciones.

Por la noche celebróse en el Tibidabo un banquete ofrecido por el Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Barcelona al ministro, a las autoridades y a los asambleístas forasteros.

Durante su permanencia en Barcelona el ministro ha visitado el Hospital Clínico, el Museo Social, la Escuela de ingenieros electricistas de Sarriá, las Casas Consistoriales y la Diputación provincial, siendo recibido por el alcalde

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

CURSO DE RELIGIÓN, por el P. *Eugenio Polidori, S. J.*, traducido de la 5.ª edición y completado en algunos puntos por el P. *Jaime Pons, S. J.* - Es el curso de religión más conciso, más metódico y más completo de cuantos se han publicado hasta la fecha y constituye una verdadera joya pedagógica como texto en los colegios de religiosos y religiosas, para la segunda enseñanza, para las Normales y Escuelas de Comercio. Divídese el libro en tres partes, que en los colegios pueden corresponder a tres cursos o años sucesivos: 1.º El problema religioso. La Religión natural. La Religión cristiana. - 2.º Constitución de la Religión cristiana. Síntesis de las verdades cristianas. Relaciones entre la Iglesia y el Estado. - 3.º Preceptos de la Religión cristiana. El orden sobrenatural. Los Sacramentos. Un tomo de 406 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas en rústica y 4 encuadernado en tela inglesa.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. AÑOS XX Y XXI. 1910 y 1911. - Es este Anuario una publicación modelo en su género que honra verdaderamente a la Dirección general de Estadística Municipal bonaerense, a cuyo frente se halla D. Alberto B. Martínez, y a la municipalidad de aquella capital y a su Intendente D. Joaquín S. de Anchorena. Cuantos datos puedan necesitarse para conocer bajo todos sus aspectos, en su completo organismo, en sus instituciones y servicios, una urbe, encuéntranse con profusión y clasificados con admirable método en este libro. Un tomo de 460 páginas impreso en Buenos Aires, en la imprenta «El Centenario».

HISTORIA DE UN ALMA REPARADORA, por *M. S. S.*, con un prefacio de *Renato Bazin*, de la Academia Francesa. Traducción y arreglo del francés por el P. *Jaime Pons, S. J.* - Dos cualidades muy notables tiene este libro: es la primera la visión dulcísima y encantadora de un alma ingenua y de entendimiento privilegiado, entregándose a Dios desde sus primeros años hasta consumar el sacrificio haciéndose Religiosa Reparadora y sufriendo con heroica resignación los dolores y angustias con que la probó su celestial Esposo. Y es la segunda el modo de vivir y la misión altísima de esta benemérita Congregación, cuyo espíritu, todo amor y sacrificio, transpira en las páginas de esta obra, que deberían leer todas las jóvenes para templar con ella sus energías y su voluntad y hacerse capaces de soportar con energía las pruebas que tal vez en este mundo les aguardan. Un tomo de 404 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en tela inglesa.

ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LAS DOCTRINAS GUARANÍES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, por el P. *Pablo Hernández*, religioso de la misma Compañía. - Esta obra puede considerarse como la capital y definitiva, después de las innumerables publicadas sobre el mismo tema desde el siglo XVIII, y la que deja perfectamente sentada, a la luz de la más rigurosa crítica, la verdad acerca de la tan discutida labor de los Jesuitas en el Paraguay, destruyendo los prejuicios y falsedades inventados por la pasión y parcialidad de muchos pseudo-historiadores. Acompañan a la obra, que va espléndidamente ilustrada con láminas, planos y mapas en colores, un número asombroso de documentos auténticos, muchos de ellos desconocidos hasta ahora, que constituyen un filón preciosísimo e inexplorado para cuantos se dedican a trabajos históricos relacionados con los comienzos de las actuales repúblicas sudamericanas. Dos tomos de 608 y 740 páginas con 10 mapas y planos en colores y 8 láminas fuera del texto, editados en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 30 pesetas en rústica y 34 encuadernados en tela inglesa.

Lo mejor para el pelo



A. Ehrmann

Metamorfosis de la cabeza de Medusa por el uso del PETRÓLEO GAL



El aviador francés Brindejone des Moulinais, que ha efectuado en ocho etapas un raid aéreo de 4.840 kilómetros, el mayor de los realizados hasta el presente.

EL RAID AÉREO DE BRINDEJONE DES MOULINAIS

Hace pocos días, el 2 de este mes, un numeroso y distinguido público hallábase reunido en el aeródromo que en Villacoublay tienen los conocidos constructores de aeroplanos Sres. Morane y Saulnier. Figuraban entre los concurrentes el hermano del presidente del Consejo de Ministros, en representación de éste; el general Hirschauer, inspector permanente de la aeronautación militar, en representación del ministro de la Guerra; el Sr. Deutsch de la Meurthe, presidente del Aero-Club de Francia; otros representantes de varias ligas y asociaciones aeronáuticas; multitud de aviadores civiles y militares; el gran duque Alejandro de Rusia y la gran duquesa de Mecklemburgo-Schwerin. Todos estos personajes y una gran multitud esperaban la llegada del aviador Brindejone des Moulinais, que había de terminar allí el prodigioso raid aéreo por él comenzado el día 10 del pasado junio.

A las cuatro y veinte divisáronse sobre el horizonte de París cinco aeroplanos, el de Brindejone al frente, seguido por los de Letort, Gilbert, Biot y Renin, que habían salido a recibirle y darle escolta. Poco después, los cuatro últimos aterrizaron en línea de batalla; Brindejone describió en el aire un gran círculo aproximándose al suelo, lanzóse hacia éste con vertiginosa velocidad, elevóse de nuevo y al fin tomó tierra cerca de la multitud, que se arrojó sobre él llevándolo en triunfo y aclamándolo con delirante entusiasmo. Cuando pudo desprenderse de los brazos de aquellos admiradores, dirigióse, acompañado del elemento oficial, al cobertizo en donde se había dispuesto el buffet.

Una vez allí, el alcalde de Villacoublay le dió la bienvenida y el Sr. Barthou manifestó cuán orgulloso se sentía del honor de presidir una fiesta que figuraba entre las más gloriosas de la aviación francesa y de ofrecer al triunfador la expresión de la admiración entusiasta del presi-

dente del Consejo de Ministros y de su gratitud por la gloria que aportaba a su patria. El general Hirschauer felicitó a Brindejone por la hazaña que había realizado y le felicitaron también calurosamente los Sres. Quintón, presidente de la Liga nacional aérea; Belsán, en nombre de la Asociación Nacional Aeronáutica; Deutsch de la Meurthe, el general ruso Rebikoff y el presidente de los voluntarios de la flota aérea rusa. Brindejone, profundamente emocionado, dió las gracias a todos y apenas hubo concluido de hablar, fué de nuevo llevado en triunfo por sus admiradores.

Al fin, a las cinco y media pudo retirarse tranquilamente acompañado de sus padres, que habían acudido a presenciar su llegada, de algunos otros individuos de su familia y de los Sres. Morane y Saulnier, marchándose a la redacción de *Le Matin*, en donde se efectuó una recepción en su honor.

Al día siguiente asistió a una recepción en la casa del diario *Excelsior*, en donde le fué regalada una preciosa medalla conmemorativa de su visita, con la imagen de Nuestra Señora del Platin, patrona de los aviadores; y por la noche concurrió a otra recepción organizada en honor suyo por el Aero-Club de Francia, cuyo presidente le entregó la medalla de oro del club y pronunció un elocuente discurso, en el que dijo entre otras cosas: «Vuestra hazaña honra a vuestro país y ha confortado y



Llegada de Brindejone des Moulinais al aeródromo de Villacoublay (París), término de su prodigioso raid aéreo. (De fotografías de M. Rol.)

exaltado nuestro patriotismo. Es el nombre de Francia el que mostrabais en las nubes; con el saludo del Aero-Club de Francia llevabais el saludo de Francia a los aero-clubs de Europa.» El capitán Meyer, que ostentaba la representación del ministro de la Guerra, anunció a Brindejone que el gobierno le había nombrado caballero de la Legión de Honor.

El raid realizado por Brindejone es el siguiente: 10 de junio, París-Varsovia (1.400 kilómetros); 15 de junio, Varsovia-Dvinsk (550); 16 de junio, Dvinsk-San Petersburgo (450); 23 de junio, San Petersburgo-Reval (350); 25 de junio, Reval-Estocolmo (400); 29 de junio, Estocolmo-Copenhague (550); 1.º de julio, Copenhague-La Haya (720); 2 de julio, La Haya-París-Villacoublay (420). Es decir que, en ocho etapas, ha recorrido 4.840 kilómetros, pasando por siete naciones, atravesando tres mares y visitando siete capitales.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle*, *Littre*, *Salva* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida a nuestro representante en París. — *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être publiés à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. — Agrées, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOUKROY.* — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

INSTITUTO POLITÉCNICO FRANKENHAUSEN Kyffh (Alemania)

Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.



PERROS DE RAZA

DE TODAS CLASES

Criadero deportivo «La Warburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de precios num. 26 gratis. Album artístico num. 26 contra envío de marcos 1,50.

PAUL KOEHLER OSSMANNSTEDT (Alemania)

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleése el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN